

**TEMISTOCLES CARVALLO**

Miembro de la Academia Nacional de Medicina  
y de la  
Sociedad Venezolana de Historia de la Medicina

EL FUNDADOR  
DE LA  
MEDICINA  
EXPERIMENTAL  
EN  
VENEZUELA

CARACAS - 1961

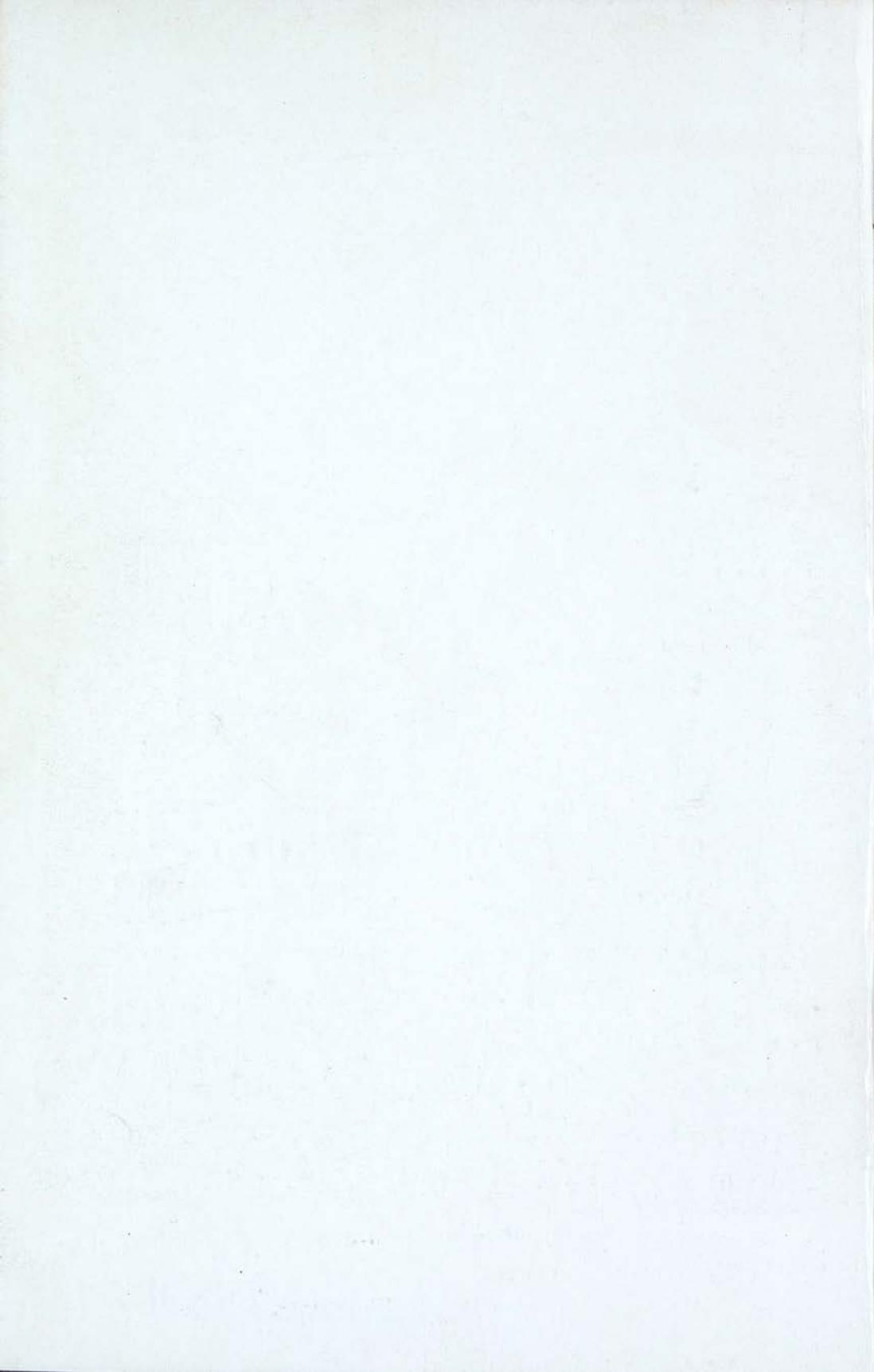


CAL 4392

610.92  
H557f

28

BIBLIOTECA NACIONAL





**Dr. JOSE GREGORIO HERNANDEZ**



CAL4392  
610.92  
H 557 f

**TEMISTOCLES CARVALLO**

Miembro de la Academia Nacional de Medicina  
y de la  
Sociedad Venezolana de Historia de la Medicina

EL FUNDADOR  
DE LA  
MEDICINA  
EXPERIMENTAL  
EN  
VENEZUELA

CARACAS - 1961



## *Dedicatoria*

---

---

A mis  
muy apreciados  
amigos y colegas los  
Doctores  
ANGEL BAJARES LANZA  
y  
GABRIEL BRICENO ROMERO  
quienes  
con su valiosa y gentil colaboración  
hicieron posible  
la edición de este Opúsculo.  
Cordialmente,  
EL AUTOR.

---

---



Al ilustre escritor venezolano  
Don Emigdio Bernardo Núñez  
Atentamente  
El Autor

## Prólogo

Entre aquel grupo de médicos, pequeño por el número de sus adeptos pero grande por sus realizaciones que, a fines del pasado siglo, logró asir con mano firme el timón en la Facultad de Medicina de Caracas e hizo surgir un nuevo ambiente, imbuido en sanos anhelos y ávido de progreso en la ya para la época, arcaica estructura universitaria, se destacó desde un principio, por los rasgos muy peculiares de su carácter, por su vasta erudición y por sus excepcionales dotes de expositor en la Cátedra que desempeñó quien, anticipándose en dos años a la acción combinada del grupo, inauguró en el año de 1891, a su regreso de Europa, la primera cátedra que, en la Universidad republicana de Bolívar y Vargas, se acogiera al método experimental para la enseñanza de la Histología, la Bacteriología y la Fisiología: el doctor José Gregorio Hernández.

La repercusión trascendental de la innovación en la preparación de los futuros médicos, es fácil de comprender: no sólo el estudiante captaba de manera objetiva y por lo tanto inolvidable las enseñanzas de la Cátedra ductriz sino que, por su temprana actuación en los dos primeros años del Pensum, la influencia de aquella se hacia sentir, más adelante, en la avidez de las jóvenes mentalidades por demostraciones prácticas en apoyo de los conceptos teóricos sustentados por los Profesores de otras materias.

Ese anhelo, esa como velada necesidad nacida en el subconsciente de las nuevas generaciones, que ya gustaran de las ventajas del método objetivo, alcanzó plenitud de hecho cum-

plido en la extraordinaria obra de renovación emprendida por aquel grupo privilegiado de hombres que enaltecen los anales de nuestra Universidad en las postrimerías del Siglo XIX.

Es el trío de las grandes iniciativas quien se encara al problema y lo resuelve: es Luis Razetti, es Pablo Acosta Ortiz, es Santos A. Dominici y, alrededor de ellos, tantos otros que merecen ser mejor conocidos, tantos otros que merecen, cada uno de ellos, capítulo aparte en la historia de aquella época apasionante del renacimiento médico en Venezuela.

Acosta Ortiz y Razetti se encargan sucesivamente de la enseñanza de la Anatomía e instruyen a sus discípulos en los progresos alcanzados por la brillante Escuela Francesa, encabezada entonces por Poirier y Testut y se acogen a la práctica sistemática y obligatoria de la disección en el local que habilitan, a manera de anfiteatro anatómico, en la vieja casona de San Francisco y las técnicas de Farabeuf, semi-militares a fuerza de precisión, para manipular con destreza el bisturí, la sonda acanalada y la pinza de disección en busca de una arteria, o para ejecutar con lucimiento con el cuchillo el trazado de un colgajo o para hallar sin titubeos la interlínea articular al practicar una desarticulación, infunden a los discípulos al repetir en el cadáver tales ejercicios, siguiendo las normas adoptadas por Razetti, la confianza en sí mismos que requerirán mañana, en los duros comienzos del ejercicio profesional, para afrontar con ánimo sereno la decisión salvadora ante una vida que peligra y que ellos pueden salvar.

Pero la ola del progreso no se detiene allí: invade nuevos terrenos, arrolla obstáculos y lleva consigo lozanía de aurora doquier se extiende. Y así a su impulso nace la Sociedad de Médicos y Cirujanos de Caracas, centro de todas las actividades reformadoras y ve la luz por primera vez la "Gaceta Médica de Caracas", la hija predilecta de Razetti y se fundan las tres cátedras cumbres de la enseñanza médica: la Clínica Médica, la Quirúrgica y la Obstétrica que empiezan a funcionar en el recién inaugurado Hospital Vargas de Caracas. Esta enseñanza de la Clínica es llevada a su máximo de eficacia con el establecimiento en los últimos años de estudio, del Externado e Internado de los Hospitales Civiles, fragua donde se forjan las armas de los profesionales de la nueva era.

Pero ¿a qué seguir haciendo el recuento de los éxitos alcanzados con el desarrollo de aquel plan, concebido con patriotismo y desinterés, elaborado con sensatez y coherente en sus tendencias, así como en los medios para alcanzarlas, gracias a la recíproca comprensión y a la sinceridad de sus sostenedores?

Fuerza es dejar a un lado esas y otras digresiones, íntimamente relacionadas sin embargo, con el tema del presente estudio para el cual su autor, mi excelente amigo de todo mi aprecio, el doctor Temístocles Carvallo, me ha pedido un prólogo, a mi juicio poco menos que innecesario teniendo en cuenta la documentada y vibrante exposición, conocida y reconocida por todos, en que el colega, apologista por excelencia de su tío y maestro el doctor José Gregorio Hernández, ha hecho revivir hechos y opiniones del mayor interés para su justiciero alegato.

Por lo demás, huelga el decirlo, la honrosa misión que me ha sido encomendada por el Doctor Carvallo, me es particularmente grata al ofrecerme una vez más la oportunidad de ensalzar como lo merece, la memoria siempre presente en mi imaginación, del que fue mi respetado y admirado maestro.

La dificultad estriba en la multiplicidad de los aspectos según los cuales se puede enfocar la trayectoria de aquella vida y saber en qué fase de su actividad me correspondería evocarlo, ya que el estudio global de su atrayente personalidad es el jugoso fruto de los personales recuerdos del Doctor Carvallo quien, no satisfecho con su propio acopio de datos, ha acudido a las más diversas fuentes de investigación histórica para presentarnos la más acabada síntesis de la vida de su biografiado.

Pero dejaré a un lado las dudas porque, para mí, el doctor José Gregorio Hernández fué, ante todo, el maestro insigne que me inculcó, con su insuperable don para la enseñanza, amor y entusiasmo por las materias en que descolló.

Como Profesor se apoyaba en una base de inestimable valor: su extensa cultura general que se manifestaba sobre todo, en el calor de la discusión, los días de pregunta, de gran interés y amenidad para el auditorio que se regocijaba con sus réplicas oportunas y certeras y con la fina ironía conque desarmaba

a su contendor, envolviendo el asunto en un ambiente de sano humorismo, del mejor alcance pedagógico.

Sus lecciones orales fueron siempre modelo de concisión y de claridad: en ellas ponía especial empeño en hacer resaltar sobre todo los hechos fundamentales, sin olvidar sin embargo el detalle interesante, el dato histórico digno de retenerse o cualquiera otra circunstancia que juzgara útil para la cabal apreciación del tema.

Hay que saber que aunque había oficialmente un libro de texto que él mismo recomendaba, la Histología de Ramón y Cajal, en mi época, lo que nos servía de texto, en realidad, eran los apuntes, tomados por nosotros mismos, en aquellas magníficas lecciones orales: luego los corregíamos, los pasábamos en limpio y constituyan nuestra mejor fuente de preparación para los exámenes.

Con inalterable continuidad se sucedían unas a otras en los días correspondientes las lecciones sin que circunstancia alguna, ni aun los duelos en la propia familia del Profesor, lograran alterar la rítmica sucesión de los temas que punto por punto iba analizando a todo lo largo del año escolar.

Y en cuanto a la enseñanza práctica, estoy convencido de que en ningún momento desde entonces, ha alcanzado entre nosotros mayor eficiencia.

Tuve la fortuna que debí a los concursos de oposición existentes entonces, de ser durante dos años, el Preparador de la Cátedra y pude por consiguiente empaparme, día tras día, al dar cumplimiento a las instrucciones recibidas del Doctor Hernández, para la organización de las demostraciones objetivas y para el entrenamiento individual de los alumnos, de su esmero y gran capacidad para escoger y presentar a sus discípulos a fin de que las repitieran, una por una, las técnicas más sencillas y más adecuadas para robustecer en sus mentes el concepto clásico acerca de la constitución de cada tejido y de cada órgano.

En Bacteriología, igual esmero en la enseñanza práctica: la coloración de los microbios y medios de identificación somera; los aparatos de esterilización, posibles causas de error en su manejo y maneras de evitarlas; la elaboración de los

distintos medios de cultivo; la siembra de los principales gérmenes patógenos y su inoculación a los animales de laboratorio; todo ello era parte de su programa de cada año y era realizado con la participación de los alumnos.

En Fisiología regían análogas tendencias, siendo el estudio del funcionamiento de cada órgano en particular y de los medios y aparatos conque se contaba entonces para verificarlo, el motivo de sus lecciones prácticas: la ejecución de la fistula gástrica en el perro para el estudio del jugo gástrico y del mecanismo de su secreción; los estudios referentes a las variaciones de la presión arterial y su determinación con el Kymographion de Ludwig; el estudio del fondo del ojo en el hombre normal, son unos pocos ejemplos de la amplitud de aquella enseñanza.

Terminaba el curso con una como Iniciación al Estudio de la Embriología; unas pocas lecciones, a manera de callado homenaje, a mi modo de ver, del doctor Hernández a la memoria de su dilecto maestro, Matías Duval.

En el doctor Hernández había, como Profesor, algo más que el técnico consumado y el maestro de verbo convincente y diáfana expresión: había el hombre que con su proceder, en todo momento ajustado al cumplimiento del deber, con su recta interpretación de la justicia, patente sobre todo en los exámenes de fin de año, interpretación que no excluía la severidad ni la comprensión, en cada caso, se supo rodear de un ambiente de respeto y de admiración que perdura, como recuerdo imborrable, en la mente y el corazón de sus discípulos.

Caracas, mayo de 1961.

**Domingo Luciani.**



## *Palabras del Editor*

La labor de un editor, que tenga respeto por el público, debe estar revestida de una natural y comprensible discreción. La mayoría de las veces se limita a ordenar, a corregir, a revisar la estética. Casi siempre a acelerar la impresión. Es una labor quizás un poco mecánica, aureolada a ratos con un tanto de mística, que se infiltra en las venas como la tinta misma en el intersticio ungual y quién sabe si hasta en algún remoto rincón del alma... Alguien dijo una vez que la mancha de la tinta de imprenta no se borra jamás... Quien estuvo una vez en menesteres gutenbergianos ha de volver fatalmente a las andadas... de eso está tal vez, matizada, nuestra humilde vida...

Pero es el caso que en algunas ocasiones el editor debe rebasar el marco de su acostumbrada pasividad. Esta es una de ellas. Por el contenido de la obra y por el hombre que la escribió.

Cuando tuvimos la noticia de su posible publicación teníamos igualmente la seguridad de que conoceríamos a su autor. O mejor de que lo reconoceríamos. Porque a TEMISTOCLES CARVALLO venimos conociéndolo a distancia desde hace muchos años. Quién sabe si muchos —muchísimos más— veníamos presintiéndolo a través de un grato sentimiento. Que nos acerca y nos hermana: la admiración y el cariño hacia un hombre que a veces tiene la mala suerte de que algunos lo deshumanicen en la rememoración de su obra y de su vida. JOSE GREGORIO HERNANDEZ, el gran médico, el gran científico, el gran investigador, el sensitivo filántropo, debe sentirse orgulloso de haber sido un hombre. En el sentido en que los hombres saben serlo. Y el recuerdo de este raro —por hermoso— prototipo de la profesión médica, me hizo curio-

sear en la vida y en el sentimiento de TEMISTOCLES CARVALLO, su sobrino y su mejor biógrafo. Lo que Carvallo escribe sobre José Gregorio, además de los sólidos basamentos de la verdad, tiene un no sé qué de sensibilidad admirativa que conmueve e impulsa a querer al biografiado y al biógrafo. Ya queríamos al Maestro José Gregorio Hernández cuando tuvimos necesidad de comenzar a querer a Temístocles Carvallo. La raíz ostenta su fuerza no solo por la reciedumbre con que se afianza en la honda entraña, sino por la prodigalidad con que lanza al viento las flores y el pólen para una mejor y necesaria supervivencia. Por eso se reactualiza la frase del querido poeta: "de tí me viene un poco de "aquellos"..." La bondad de Temístocles, su reconocida humildad, la austerioridad de su vida, vienen de manantial arriba, donde las aguas son más puras y las piedras son más limpias. También de eso debe estar satisfecho José Gregorio Hernández. Vayan a verlo —a Carvallo— a su casona del Este. Sin lujo, con grandes corredores donde el viento y el sol entran cantando, donde sus últimos años se deslizan de tramo a tramo en un hojear de libros, ansioso de llevarse lo último que han dejado los otros y tratando de dejar lo que mañana habrán de aprovechar muchos. ¡Hermosa ambición de quien nunca ha ambicionado nada! Allá estuvimos para impregnarnos de un efluvio que cala hondo. Poseídos de eso, escribimos estas palabras del Editor. Del silencioso Editor que corrige pruebas, indica colores y orienta estética. Eso y nada más. Aunque podríamos decir mucho de la vida científica de Temístocles Carvallo, de su ejercicio profesional, de su arte quirúrgico, de sus trabajos publicados. De su vida toda, alta, recta y dura, como un baobad. Desde Isnotú hasta Berlín y México. Desde sus estudios preliminares en el San Vicente de Paúl, hasta su grado de Médico, el mismo día y mes en que 21 años antes se recibiera como tal el hombre cuya vida es motivo central de esta obra. Mucho podríamos escribir sobre Temístocles Carvallo. Pero el Editor tiene la misión del silencio. Del ingrato silencio que arrincona y enclaustra. Volvamos a él, cumplida la emoción del sentimiento. Y recomendamos, a los que quieran infiltrarse de mística, la lectura de estas páginas, escritas por quien ha hecho de la vida y la memoria de JOSE GREGORIO HERNANDEZ un culto de admiración y de respeto. A él también está unido el sentimiento del humilde Editor, que quiere, más allá de la tumba, a quien tuvo infinito amor por los hombres y mujeres de nuestro pueblo.

I

**JOSE GREGORIO HERNANDEZ  
SU OBRA UNIVERSITARIA Y DOCENTE  
EL REFORMADOR**

Según el doctor Ambrosio Perera, miembro muy distinguido de la Academia Nacional de la Historia y quien con gran empeño y éxito se ha entregado a la meritaria labor de explorar nuestros anales médicos: "Todo aquel que imparcialmente recorra las páginas de la Medicina Venezolana, encuentra tres fechas trascendentales: 1763, 1827 y 1891. En efecto: el 10 de octubre de 1763, inaugura la Cátedra de Medicina en la Universidad Real y Pontificia, el ilustre doctor Lorenzo Campins y Ballester; el 9 de noviembre de 1827, el doctor José María Vargas da comienzo a la cátedra oficial de Anatomía; por último el 6 de noviembre de 1891, el doctor José Gregorio Hernández, inició la cátedra de Bacteriología y con ella implantó oficialmente en nuestra Alma Mater, la revolución establecida por Pasteur en el campo de las ciencias biológicas". (1).

El mérito de Campins y Ballester fue enaltecido por el verbo austero del mismo Vargas, en su Memoria de 1829 presentada a la Sociedad Médica, donde dijo que el médico español "era un profesor animado de un celo muy honorífico por su profesión, quien deseoso de sacar de la caterva de medicastros o curiosos, hombres de educación profesional y de verdaderas

---

(1) Discurso del doctor Ambrosio Perera en la Universidad Central al celebrarse el 80º. aniversario del nacimiento del Dr. JOSE GREGORIO HERNANDEZ.

luces, concibió con razón que no había otro medio más adecuado, que el de propagar estas luces y formar médicos en Caracas"; y añadió luego: "Puede asegurarse que Campins y Balléster niveló la Medicina en Caracas, con el grado de consideraciones y estima que esta ciencia alcanzaba en España, de modo que en tiempos venideros se empezará con él la narración de su existencia en Venezuela". Y si la gloria de Vargas no necesita de las frases pálidas de un elogio circunstancial, debemos sin embargo convenir, que a pesar de sus nobles esfuerzos, las condiciones propias de la época, lo imposibilitaron para emancipar totalmente nuestra Medicina del rezago del curanderismo; de manera que el reformador vióse obligado, cuando abandonó la Cátedra de Cirugía para ir a ocupar la Presidencia de la República, arrastrado por un sufragio nacional casi unánime, a dejar como substituto en dicha asignatura, al señor Félix Ascanio, que no poseía título académico alguno.

"La Obra de Vargas quedó estacionaria", afirmó con dejo de melancolía mi maestro el elocuente Elías Toro; pues, sin que ninguna responsabilidad les cupiera a sus discípulos, muchos de ellos tan ilustres, el medio no se prestó luego para llevar a término los planes y reformas del Patriarca, hasta el extremo de que con objeto de afrontar el grave problema de sus finanzas, la Junta de nuestra Alma Mater acordó en sesión del 30 de agosto de 1860, alquilar parte del edificio universitario a un grupo de familias europeas que carecía de alojamiento en Caracas y eliminar algunas cátedras de Gramática Castellana, Griego, Francés, Inglés, Filosofía y Teología. "El ambiente de la Patria —dice el propio Toro— se tornó de súbito impropio a la serena elaboración de la idea de ciencia; una tempestad de pasiones se desató con furia y amenazó ahogar en pozos de rencores y de odios la primeriza flor de la República. Y, cuando ya parecía serenado el ambiente y del seno mismo de la catástrofe había surgido como una blanca flor propiciatoria, la candida paz, un hado adverso, una sombra fatídica como cóndor rapaz sobre tímido rebaño, cayó sobre la Madre Universidad, y la ruina, el abandono y el silencio volvieron a reinar en aquella entraña de la Patria que habían señoreado, como sublimes deidades, Bolívar y Vargas. Herida en las propias fuentes de su existencia material, la Universidad de Caracas dejó de ser entonces el foco del progreso científico

de la República; y hasta llegó a iniciarse en ella un torpe movimiento regresivo, que la habría llevado a los más ignominiosos términos". (2).

Tan nefasta fue para la organización y auge de las facultades universitarias, la voluntad omnímoda y espíritu de lucro de un magistrado a quien el corrompido ambiente político llegó a designar con el título de **Ilustre**, que su codicia arrebató a la Universidad Central (prestamista en 1835 del Gobierno Nacional, según escribe el doctor Rafael Domínguez, "por la suma de 4.324,50 pesos, con destino a mantener, vestir y equipar la tropa"), las magníficas rentas que la providencia de Bolívar y la honesta administración de Vargas le habían asignado; pues, "en manera alguna compensaba la modificación de la fachada del antiguo Convento Franciscano, el despojo de la Institución. En vez de efectivas fincas de **las mejores del país**, se le asignaron **papeles de crédito** sujetos a las fluctuaciones del mercado y a los arbitrarios procedimientos de los administradores gubernativos. Una a una, esas **propiedades valiosísimas** fueron pasando por maniobras demasiado transparentes a manos de los agentes de Guzmán Blanco y los Rectores que se atrevieron a mantener la autonomía universitaria, fueron sacrificados y perseguidos". (3). A tal grado llegaron los desmanes del déspota que, como se deduce de cuanto refiere el doctor P. D. Rodríguez Rivero en la página 109 de su "Historia Médica", obligó al Tribunal Médico de Caracas, con fecha 28 de abril de 1880, a permitir examen de Obstetricia al señor Publio María González, quien logró el grado de Partero sin los recaudos y cursos oficiales previos e imprevermitibles, exigidos por la Ley de la materia. Y el 5 de abril de 1884, dictó Guzmán Blanco un decreto declarando: "Abogado de la República con los derechos y deberes establecidos por la Ley al General Vicente Amengual, en vista de que este ciudadano posee las aptitudes y conocimientos para ejercer aquella profesión". (4). Sin embargo: el retrato del **Ilustre**, quien hasta se hizo nombrar Rector de la Universidad, se ha conservado durante años en el Paraninfo de nuestro principal centro docente al lado de las estatuas de Bolívar y Vargas.

(2) (Elías Toro, Discurso en el Primer Congreso Venezolano de Medicina).

(3) Adolfo Ernst, por Santiago Key-Ayala. Ediciones de la Fundación Mendoza, Págs. 18 y 19.

(4) Luis Ruiz, El Universal del 6 de Marzo de 1959.

En realidad, "mucho había decaído aquella Universidad que con tanto brillo apareció en sus comienzos y hasta se dió el caso insólito, de que la loca ignorancia, con armas de piache, y protegida por el Gobierno de la época, pretendiera elevarse hasta las curules profesorales, y las habría alcanzado, si el resto de la obra de Vargas vinculada en sus discípulos, hecha causa común con el impetu de la juventud estudiantil, no hubiera incinerado la ambición en forma de libro como desagravio y protesta ante la estatua de Vargas". (5).

Los estudios médicos como era natural, se resintieron hondamente de ese estado de arbitrariedades y turbulencias anárquicas, y, conforme lo anota el mismo doctor Perera, "basta para convencerse de ello, ver en los legajos del Archivo Universitario, cómo en los exámenes de grados verificados casi en la mitad del siglo se ponía como tarea al estudiante, la discusión de los Aforismos de Hipócrates". Es cierto que ya al finalizar la centuria, mejoraron algo las condiciones pedagógicas; pero, sin Bacteriología, base de la Etiología; sin Histología, fundamento de la Anatomía Patológica; y sin Fisiología Experimental, soporte de la Terapéutica moderna, el arte de curar no habría logrado despojarse entre nosotros del sedimento de rutina empírica que aún conservaba como rasgo esencial de su carácter; y para cuya justa apreciación, me permitiré copiar siquiera en parte, un documento oficial, a todas luces memorable. Con su Resolución del 31 de Julio de 1889 el gobierno ilustre del doctor Rojas Paúl, pinta el lamentable atraso de nuestros sistemas de enseñanza universitaria y destaca la urgencia con que se hacia sentir la aparición de las nuevas asignaturas, que implantó después el doctor José Gregorio Hernández: "Observándose —dice el Ministro del Ramo— que los estudios médicos en Venezuela se resienten de lamentable deficiencia en el campo objetivo de la experimentación; ora por falta de clínicas especiales y de museos y gabinetes científicos donde pueda hacerse ejercicio práctico de las teorías de la Facultad, ora por falta de profesores especialistas en determinados ramos esencialmente experimentales, que han obtenido hoy notable perfeccionamiento, y en los que el progreso

---

(5) (Discurso del doctor Jesús Rafael Ríosquez en el Paraninfo de la Universidad Central, al conmemorarse el XXV aniversario de la muerte del Dr. José Gregorio Hernández).

ha encontrado la base de nuevos sistemas y sorprendido el secreto de nuevas medicaciones: el Presidente de la República, en cuyo ánimo han influido tales circunstancias, atento además a la consideración de que al fundar el **Gran Hospital Vargas** no le ha movido tan sólo un propósito benéfico sino que ha querido también realizar un progreso científico, ofreciendo así al mismo tiempo asilo generoso al desvalido y fecundo campo de estudio y de observación a la ciencia, ha tenido a bien resolver, previo el voto del Consejo Federal: 1º Por cuenta del Gobierno Nacional se trasladará a la ciudad de París un joven médico de nacionalidad venezolana, graduado de Doctor en la Universidad Central, de buena conducta y de **aptitudes reconocidas**, con el fin de que curse allí teórica y prácticamente las siguientes especialidades: Microscopia, Bacteriología, Histología Normal y Patológica y Fisiología Experimental. 2º Durante el curso de sus estudios, el expresado médico sostendrá correspondencia con este Despacho, al que comunicará las noticias y observaciones que juzgue útiles a la Facultad, y remitirá trimestralmente certificaciones autorizadas que comprueben su consagración al objeto que se le destina; y tan luego como haya adquirido la debida suficiencia, la cual habrá de justificar también con certificaciones o con diplomas facultativos, importará por cuenta del Gobierno Nacional, los elementos necesarios para la creación en el **Gran Hospital Vargas**, de un Gabinete fisiológico cuya dirección le estará encomendada, y quedará asimismo en la obligación de enseñar en la Universidad Central las Materias susodichas".

La instrucción por lo tanto, al decir del Gobierno, era fundamentalmente teórica. Se carecía de museos, laboratorios, clínicas y gabinetes adecuados, para hacer en ellos "ejercicio práctico de las **teorías** de la Facultad"; así como de **profesores especialistas** en ramos **esencialmente experimentales** de la Medicina, sin los cuales era imposible adoptar los cánones de nuevos métodos de tratamiento, ni ponerse a tono con el progreso científico del siglo.

Con tintes igualmente sombríos, nos retrata el ambiente universitario de esa época, un celeberrimo escritor venezolano: "La ignorancia y el atraso se pusieron a la larga en evidencia formidable. El favoritismo de la política, por otra parte, fue en veces móvil funesto para la provisión de las cátedras; y se

dio el caso de que ante la ineptitud de profesores, los cursantes se viesen obligados a solicitar catedráticos supernumerarios fuera del Instituto. Los maestros de la Facultad, fervientes adeptos de la Escuela de Broussais, seguían atribuyendo a la irritación e inflamación la misma influencia preponderante que Vargas y sus contemporáneos le asignaban en la patogenia de las enfermedades; y sus teóricas disertaciones sobre la estructura de órganos y tejidos, no se aventuraban más allá de los añejos conceptos de la fibra y la membrana. Como nota del retardo, las doctrinas pasteurianas, no obstante contar ya lustros de vida, no habían encontrado quien las comentara ni declarara. En alguna cátedra oyóse mencionar alguna vez como espantosos fantasmas los **microbes**; y cuando no se sabía ni traducir lo más elemental no es extraño que no tuvieran cabida en los planes de la enseñanza los tesoros con que allende los mares se enriquecía la ciencia". (6).

Y, aludiendo en su lección inaugural de la Cátedra de Clínica Médica, a la misma etapa histórica, uno de nuestros más destacados Profesores, el Dr. SANTOS A. DOMINICI, asienta: "Comparando los tiempos y las circunstancias, los estudios médicos en la época de Vargas eran muy superiores a los de entonces, pues apenas habíamos sabido conservar sin modificarlo en nada bueno, el programa que él estableció".

Esto en lo tocante a la enseñanza universitaria, ya que según lo consigna el doctor Laureano Villanueva en el **Primer Libro Venezolano de Literatura, Ciencias y Bellas Artes**, "los hospitales sólo eran casas inmundas en las que se hacinaban los infelices que no tenían donde morir; simples depósitos para proveer los cementerios, pues todos estaban mal servidos en la parte facultativa, sin administración, higiene ni recursos de ninguna especie: sucios, hediondos y con edificios en ruina". La creación de las nuevas cátedras por José Gregorio Hernández va íntimamente unida en nuestro devenir histórico, a la inauguración del Hospital Vargas en 1891, pues como se ve, la docencia teórica y clínica venía laborando penosamente, desde hacía mucho tiempo, en una atmósfera de anacronismo y lacearía que ya se había tornado insopportable; y fue para corregir

---

(6) Doctor J. M. Núñez Ponte. "Ensayo crítico-biográfico del Doctor José Gregorio Hernández. Tercera Edición.

tan deplorables deficiencias (puesto que más tarde, fuera de su obra reformadora y docente en la Universidad, asoció el laboratorio a la clínica en el examen de sus enfermos, y realizó “los primeros diagnósticos científicos en Venezuela”), cuando de acuerdo con la Resolución mencionada se escogió al doctor José Gregorio Hernández **primer estudiante universitario de su época**, por Decreto Ejecutivo que dice así: “E.E. U.U. de Venezuela. Dirección de Instrucción Superior. Caracas: 31 de Julio de 1889, 26º y 31º—RESUELTO: De conformidad con la Resolución de este Despacho de esta misma fecha, por la cual se dispone enviar a la ciudad de París a un joven médico venezolano con el fin de que estudie determinadas especialidades científicas, el Presidente de la República, con el voto del Consejo Federal, ha tenido a bien designar con tal objeto al ciudadano Doctor José Gregorio Hernández, en quien ventajosamente concurren las favorables circunstancias personales a que se refiere la Resolución susodicha. Comuníquese y Publique. Por el Ejecutivo Federal, Silva Gandolphi”.

Desde ese instante, Hernández, único de los grandes médicos de su generación mandado en esa época al exterior con finalidad docente por el Gobierno de la República en una acreditada misión oficial, se entregó por completo al oficio que le encomendara la Patria y en opción sobre el futuro, valoró muy bien la magnitud y trascendencia de su encargo para las exigencias de nuestra cultura médica; adquiriendo, todavía mozo, bajo la dirección de ilustres profesores europeos un copioso acervo de conocimientos, y títulos tan brillantes, que le permitieron destacarse luego en el accidentado camino de la ciencia vernácula con los firmes rasgos indelebles de un gran reformador. Como prueba de ello debe citarse el certificado que en Julio de 1890 le expidió Matías Duval, **creador de la Embriología** en Francia y la más alta personalidad de su época en la Escuela de París: “Yo, abajo firmado, certifico: que el doctor Hernández ha trabajado asiduamente en mi laboratorio y aprendido en él la técnica histológica y embriológica; me considero feliz al declarar que sus aptitudes, sus gustos y sus conocimientos prácticos en estas materias hacen de él un técnico que me enorgullezco de haber formado. Matías Duval”. Y el Profesor Strauss de la misma Facultad, hace constar igualmente: “que el doctor Hernández (de Caracas) ha trabajado en mi laboratorio con gran celo y una puntualidad perfecta.

Se ha ocupado en investigaciones bacteriológicas y ha emprendido con éxito un trabajo original sobre vacunas químicas".

Creo desde luego inútil, cualquier comentario elogioso alrededor de estos y otros documentos similares, así como de la aureola que ellos reflejan sobre el hombre y nuestro gentilicio; tanto más cuanto el doctor Santos A. Dominici, enviado a París por expresa recomendación de Hernández, se hace lenguas del ascendiente aquirido por éste sobre sus maestros franceses, de tal modo que "apenas le comuniqué mis proyectos, condújome al Laboratorio de Histología donde trabajaba y me presentó a su maestro el gran Matías Duval. Sin perder tiempo aquel coloso de cuerpo y de ciencia, llevóme a su vez al Laboratorio de Terapéutica, donde me recomendó al Professor Hayen, quien en seguida me puso bajo la dirección de su Jefe de Laboratorio doctor Gilbert. Todo aquello fue hecho con la más cortés facilidad y las mejores muestras de estimación para con Hernández. Así quedé instalado en el Laboratorio de Terapéutica de la Facultad de París, bajo la inmediata dirección de mi inolvidable maestro el Professor Gilbert. De todo lo cual soy deudor en primer término, a José Gregorio Hernández".

En **Informe** del Cónsul de Venezuela en París, fechado el 24 de Julio de 1890 sobre la conducta, aplicación y suficiencia de los jóvenes **Cristóbal Rojas y José Gregorio Hernández**, pensionados por el Gobierno de la época expone el expresado funcionario: "El doctor José Gregorio Hernández fue enviado a esta ciudad a estudios especiales de Microscopia, Bacteriología, Histología Normal y Patológica y Fisiología Experimental por Decreto de 31 de Julio de 1889. Se dedica este señor con el mayor interés a esos estudios, y en prueba de ello ha enviado a Venezuela certificados de los Profesores de la Facultad en cuyos laboratorios se ocupa. He visto los últimos que ha recibido de los señores Profesores Charles Richet, Catedrático de Fisiología Experimental y del Doctor Matías Duval, Professor de Histología; son muy satisfactorios ambos testimonios. No puede el doctor Hernández seguir en esta Facultad, en forma conveniente, los estudios de Histología Patológica que deben hacerse de manera verdaderamente provechosa en Berlín. En semejante circunstancia ha decidido su viaje a esa ciudad, y con el apoyo del Señor Ministro Plenipotenciario de Vene-

zuela en París ha solicitado, por medio del señor Embajador de Alemania, su entrada en la Facultad de dicha Capital donde piensa permanecer un año". (7). Así lo obtuvo en efecto y con sus acostumbradas asiduidad y consagración prosiguió en Berlín sus estudios en las renombradas escuelas de Virchow y de Koch.

Las señaladas atestaciones que revelan el adelantamiento científico de Hernández lo capacitaron para escribir con brío, al Ministro de Instrucción Pública: "Pronto como estoy a realizar el objeto primordial de esta misión, es decir: la introducción en nuestro país de los estudios que constituyen el principal orgullo de la ciencia moderna, me apresuro a enviar a Usted la lista de los aparatos e instrumentos necesarios para la fundación del Laboratorio de Fisiología Experimental de la Ilustre Universidad Central de Venezuela. Presa de la mayor emoción, señor Ministro, contemplo este gran acontecimiento para nuestro país, de la creación de un Instituto que estará a nivel de los más adelantados del mundo científico, puesto que será una copia exacta del mismo Laboratorio de la Facultad de Medicina de París". Lo cual pone de relieve que esos estudios experimentales principal orgullo de la ciencia moderna, no existían en Venezuela y explica la emoción del sabio trujillano al realizar con ellos la reforma pedagógica más trascendental y beneficiosa ocurrida hasta entonces dentro de la Facultad de Medicina en la Universidad de Caracas, después de la obra inmortal de Vargas.

El Gobierno de la República presidido a la sazón por el doctor Andueza Palacio, le confió la encomienda de traer los instrumentos, aparatos y enseres indispensables para el Laboratorio Nacional en donde iban a funcionar las nuevas cátedras, de acuerdo con el siguiente Decreto: "El Presidente Constitucional de los Estados Unidos de Venezuela, con el voto del Consejo Federal, Considerando: 1º Que se encuentra ya convenientemente instalado en el edificio de la Universidad Central de Venezuela el Laboratorio de Fisiología Experimental y Bacteriología, encargado a Europa y comprado por cuenta del Ejecutivo Federal. 2º Que el objeto de la instalación del mencionado Laboratorio ha sido difundir entre los cursantes

(7) Documentos de la Memoria de Relaciones Exteriores. Tomo II. 1891.

de ciencias médicas los conocimientos científicos inherentes a las indicadas asignaturas. Decreta: Artículo 1º Se crean en la Universidad Central de Venezuela los Estudios de Histología Normal y Patológica, Fisiología Experimental y Bacteriología, los cuales se cursarán en el Laboratorio arriba indicado y conforme a los **últimos descubrimientos** hechos en las Naciones más adelantadas. Artículo 2º Por resolución especial será nombrado el catedrático de la clase a que se refiere el artículo precedente, quien desempeñará a la vez las funciones de Director del indicado Laboratorio. Artículo 3º Este funcionario gozará además del sueldo que le corresponde como Catedrático de la Universidad el de cuatrocientos bolívares (Bs. 400) como Director, quedando incluidos en esta última asignación los gastos ordinarios del Laboratorio. Artículo 4º El Ministro de Instrucción Pública queda encargado de la ejecución de este Decreto. Dado, firmado y refrendado en el Palacio Federal en Caracas a 4 de noviembre de 1891.—Año 28º de la Ley y 33º de la Federación. R. Andueza Palacio. Refrendado. El Ministro de Instrucción Pública, Eduardo Blanco”.

“Estados Unidos de Venezuela, Ministerio de Instrucción Pública. Dirección de Instrucción Superior. Caracas: 5 de Noviembre de 1891. 28º y 33º Resuelto: Por disposición del Presidente de la República y con el voto del Consejo Federal, se nombra al ciudadano Doctor José Gregorio Hernández, Catedrático de Histología Normal y Patológica, Fisiología Experimental y Bacteriología en la Universidad Central de Venezuela de conformidad con el Artículo 2º del Decreto Ejecutivo de 4 de los corrientes. Comuníquese y publíquese, por el Ejecutivo Federal, Eduardo Blanco”. Y el 6 de Noviembre de 1891 el Rector, Elías Rodríguez, aquella enhuesta luminaria de quien dijo Elías Toro que “había logrado armonizar en una rara dualidad anímica la experiencia de la vida con la juventud eterna del espíritu”, tomó juramento al Doctor José Gregorio Hernández y le puso en posesión de las cátedras para que había sido nombrado profesor por el Ciudadano Ministro de Instrucción Pública. Desde entonces lo recalca Jesús Rafael Risquez, “difunde su saber con **inimitable maestría** entre las generaciones médicas contemporáneas, hasta que la muerte lo sorprende en plena actividad profesional”.

Vino José Gregorio Hernández a colmar una inmensa laguna de nuestra evolución científica; y su obra, como maestro

insuperable de varias generaciones entre las que destaca Rafael Rangel, reformador de los estudios médicos y hombre de directivas morales inconfundibles será cada vez más apreciada, al correr de los años, cuando su natural alejamiento en el curso de los fastos nacionales y una creciente madurez del sentido crítico ensanchen el radio de la perspectiva histórica en Venezuela. Pero la justicia póstuma, entre tanto, por la pluma de su biógrafo, ha esbozado ya su noble perfil de civilizador, mediante la enumeración escueta y sin retóricas de hechos incontrovertibles. En 1891 —lo ratifica un hombre de la talla moral e intelectual de Núñez Ponte— “empieza, en realidad, una era de reforma, la más trascendental y benéfica para nuestra Medicina: fué todo un renacer. Ahí comienza a vestir la morosa Universidad de Caracas los arreos de juventud propios del tiempo; pues, antes de Hernández las enseñanzas no pasaban de meras figuras pintadas en los textos, palabras que se aprendían y se repetían de coro; cuando más, alguna escasa práctica rutinaria en los llamados hospitales. Con él y después, acabaron los resabios; fueron ya fenómenos que se observaban, hechos, apreciaciones biológicas que se podían verificar por una experimentación sistematizada y científica. Porque él fué quien trajo el primer gran microscopio y enseñó su manejo, sus empleos, su importancia; el que hizo conocer la teoría celular de Virchow, la estructura misma de la célula y los procesos embriológicos; el que puso a estudiar y calcular el número de glóbulos sanguíneos; el que coloreó los microbios y los cultivó en obsequio de los clínicos; el que realizó las primeras vivisecciones, con que sus discípulos pudieran darse cuenta, por propios ojos, de las maravillosas funciones de la vida animal. Fué aquella hora de revelación, cuando en las vastas selvas de la experiencia, en el curso de la “caza de Pan” que dice Bacon, al golpe de vara mágica, brotaron nuevas y cristalinas fuentes para las ávidas generaciones universitarias”.

Con tan memorables realizaciones José Gregorio Hernández echó en suma las bases, abrió el ciclo de nuestro resurgimiento médico definitivo y erigió un monumento más perenne que el bronce al fundar la **Medicina Experimental** en Venezuela. De allí los acertados conceptos que 21 años después del trágico deceso del sabio venezolano, exteriorizó con encomiable sinceridad, el ilustre Profesor español Augusto Pi Suñer: “Venezuela ha tenido un maestro de ciencia experimental; ha tenido

un gran fisiólogo mordido por la sagrada vocación: José Gregorio Hernández. Experimentó sobre animales, dio clases prácticas en su laboratorio de la Escuela de Medicina; hizo venir instrumentos del extranjero, instrumentos que nos sirven todavía y despertó el interés en algunos. Existen pues, entre vosotros predecesores a quienes rendir tributo y en el solemne acto de hoy, quiero evocar su memoria con todo respeto".

### EL PROFESOR

En el ejercicio de sus cursos, "que leía con matemática exactitud y la más pulcra conciencia, con severidad pero con aliento para los jóvenes amantes del trabajo, el doctor Hernández desde el primer momento dió a comprender la importancia de su Aula, el dominio cabal de sus conocimientos, una habilísima penetración investigadora, su técnica profesoral admirable, facilidad para transmitir la ciencia, su excelente sentido y juicio crítico, su magistral autoridad. Las clases, a las que concurrían por modo de curiosos muchos estudiantes profanos, eran amenas y pedían de suyo la atención y la reflexión. Qué gratamente se impresionaba y se movía el espíritu, cuando aquel maestro, aquel pedagogo novel, al empleo de métodos y recursos antes no usados aquí, iba explicando sus lecciones con atrayente elegancia y una tonalidad juvenil, pero con acierto grave y sereno, con una consistencia maciza, como de hombre maduro y sapiente! Cuánto gusto e interés despertaba en los ánimos, cuando después de haber hablado, por ejemplo, sobre las células, el protoplasma, el núcleo, su reproducción; sobre el microbio, su morfología, su cultivo, etc. decía con cierta gracia suya: **Yo lo pinto**; y tomando las tizas de diversos colores y vuelto hacia el pizarrón, dibujaba de verdad, con esmeradísimo arte, con precisa maestría, y hacia casi palpar la evolución prolífica de aquellos peregrinos organismos! Sus discípulos y sus colegas mismos lo respetaron desde entonces y rindieron las mejores y aquiescentes pruebas a su idoneidad y pericia, a su adestrida singular, a su intensa mentalidad, a su ubérrima labor científica, pruebas que vinieron a resumirse

espléndidamente con los testimonios producidos en la acasión de su muerte". (8).

Su puntualidad en la asistencia a las clases que no alteró nunca, ni por caso de lluvia o quebrantos de salud, se hizo proverbial; así como la justicia y rectitud de su juicio, que fueron incapaces de torcer, las amenazas de unos, ni los halagos de otros. Le tocó la misión de hacer luz en los cerebros no durante la era opulenta del Petróleo, sino en épocas de verdadera incuria nacional, cuando el caos y el desorden se adueñaron del país y la anarquía, según la frase profética del Libertador, devoraba energías y secaba las fuentes de la riqueza pública. Pero Hernández consideraba el magisterio como sacerdocio de abnegación y en tiempos tumultuarios, sin ninguna remuneración oficial, sostenia de su peculio los gastos del Laboratorio incluido el sueldo del Preparador, y continuaba impasible, acercando a los labios de sus discípulos la linfa clara del saber. A las tres de la tarde, por treinta años sucesivos, abrió diariamente la puerta de su Aula; y con la dicción persuasiva del sabio, iniciaba a la juventud en los misterios biológicos, mientras afuera los espíritus se caldeaban en la llama de los odios sectarios y disipaban, en locas aventuras el tesoro de viriles cualidades que nos legaron nuestros mayores. Diego Carbonell pondera de esta guisa la brillante actuación del pedagogo: "Hernández que fue el más sagaz de los maestros y el más pedagogo de los profesores, ha sintetizado en un volumen sus lecciones de Bacteriología, en cuyas páginas sienten sus discípulos la presencia de un alma magisterial ya que allí está dicho, cuanto el maestro expone en su cátedra donde solo agrega los nuevos triunfos de la ciencia. En ese libro está su método de enseñanza; pero a pesar de todo el texto resulta innecesario para los cursantes, porque quien esté atento en el salón de clases durante la hora de la lección de Hernández, no necesita consultar libros para concurrir a los exámenes pues ya lo hemos dicho: el profesor sabe despertar la atención de sus discípulos y nunca ha sido narcótico para sus cerebros tropicales".

Introdujo Hernández en la ciencia vernácula el sistema genial de Bichat: aislar los tejidos, estudiar cada uno de ellos en los distintos órganos para comprender y valorar el meca-

(8) Dr. J. M. Núñez Ponte, "Ensayo Crítico Biográfico".

nismo íntimo de su acción fisiológica: e imitando a Claudio Bernard, hizo que la juventud médica venezolana "evitara las abstracciones **puramente imaginativas** y la acostumbró, con una **verdadera enseñanza**, a la fecunda interpretación de los misterios de la vida".

En el propio recinto del Senado de la República, por Junio de 1948, declaró el doctor José Manuel Espino: "Siempre tuve al Doctor Hernández y lo consideramos los estudiantes de mi generación, **como el más sabio** de nuestros profesores o el más diversificadamente sabio, ya que no había materia o sujeto que directa o indirectamente se abordara en su clase, que el Doctor Hernández no conociera perfectamente. Parecía como si al igual de Vargas que tan a menudo citaba, dedicara sus ratos de vagar a leer, releer y repasar todo su acervo de conocimientos desde la educación primaria hasta la superior, pues en el casillero de su memoria tenía siempre a mano la contestación más adecuada a toda cuestión científica que le propusiéramos, lo que hacia de él un árbitro inapelable en nuestras discusiones... Otro aspecto de su enseñanza fue la exactitud en las descripciones; **ninguno de mis maestros** que yo recuerde, tuvo ese don tan excelente que revela, fuera de clara inteligencia, una penosa y larga disciplina para escoger la característica de cada materia, el rasgo peculiar de la enfermedad que iba a estudiar, condensándola en un número reducido de palabras. Sus **definiciones ejemplares** las conservamos a través de nuestros estudios posteriores, como recurso de gran valor frente a los profesores de otras asignaturas. Sus quilates morales y espirituales eran **notables**: estricto en la aplicación de lo que llamaba las "eternas leyes morales", nos decía que su deseo como el de Vargas no era otro, sino que de sus manos salieran **hombres honrados**, antes que médicos sabios. Era el hombre de **más carácter** que yo he conocido: de allí la exactitud de la vida religiosa, ciudadana y docente de aquel gran caballero, de ese **gran exponente** de la cultura venezolana". Y el doctor A. Benchetrit que desde hace años ejerce con brillo su profesión en la vecina República de Colombia, ahora "la grata memoria del inolvidable maestro doctor Hernández, a quien recuerdo todos los días con el mayor cariño por sus **admirables enseñanzas**. Yo tuve la fortuna de ser su discípulo y pude apreciar no sólo sus vastos conocimientos en todas las ramas de la Medicina, sino sus grandes dotes de ad-

mirable pedagogo y su desvelo para que sus múltiples discípulos aprovecháramos siquiera una mínima parte de lo que él se esforzaba en enseñarnos. Cómo eran de fecundas aquellas horas en que escuchábamos las explicaciones del **Maestro incomparable** sobre los complicados procesos fisiológicos del organismo humano, con una claridad y precisión no encontradas en obra alguna; pues el doctor Hernández dominaba en absoluto las materias que enseñaba, y tenía el don muy raro por cierto, de saberlas explicar, y hacerse comprender de todos sus asiduos oyentes". A lo cual se asocia la opinión no menos autorizada del doctor Vicente Peña: "Como creador de los estudios de **Bacteriología, Anatomía microscópica y Fisiología Experimental**, el doctor José Gregorio Hernández estableció e hizo familiares disciplinas intelectuales y manuales para el estudio en las asignaturas de sus cátedras; lo que condujo a la **objetivación** de aquellas ciencias en la platina del microscopio, en la carne viva del animal maniatado sobre la mesa de experiencia, abriendo así la vía para adquisiciones del conocimiento. Estas y otras más, son acreencias indiscutibles para la preeminencia de que gozó su reputación universitaria. Y si ello representa el valor característico del Profesor, otra es la faz que atañe a las cualidades inherentes al hombre. Al doctor Hernández lo distinguió siempre su carácter. Como Maestro, en la sucesión de hechos que tejieron su vida, siempre podrá exhibirse el sello personalísimo de aquella psíquis disciplinada en dirección rígida y vehemente hacia sus centros de atracción. Como hombre de pluma, segando en los predios de la Ciencia o en los del Arte, todo el fruto de su inteligencia y de su sensibilidad lleva la distinción de sencillez, pureza y trascendencia que del alto temple de sus ideas y conocimientos fluían con profunda naturalidad. Atendidos sus enfermos, leída su lección en la Cátedra, encerrábase en la soledad de su vivienda con sus libros, sus instrumentos de laboratorio y sus ideas; sin necesitar la comunión gremial para esparcimientos que a los más les parecen recurso indispensable... Una muerte trágica lo cargó en sus alas negras, no para redimirlo, que él no necesitaba redención: y sobre las alas de la tragedia desapareció del mundo, sólo, raro, silencioso, valiente". La víspera misma de su muerte: el sábado 28 de Junio de 1919, el doctor Alberto J. Fernández, Preparador de trabajos prácticos en la cátedra de Bacteriología y Parasitología vio entrar al sabio

**"a las tres de la tarde,** con su acostumbrada **precisión cronométrica**, en el salón de clases de su cátedra. Terminaba la práctica a cargo del Preparador. La lección versó sobre el bacilo de Hansen. El maestro disertó acerca de la morfología, coloración, cultivos, inoculaciones, etc., etc. del microbio de la lepra. Como siempre enseñó a sus discípulos **la última palabra de la ciencia**, y terminó su clase hablando de las formas clínicas de la enfermedad. Anunció cual sería la próxima lección y dijo: "Estudiaremos el coco bacilo de Pfeiffer". No sabía el Maestro que sus discípulos ya no le oiríamos más! En esta última clase pude apreciar que el doctor Hernández no había modificado su plan de enseñanza con el cual formó sus colaboradores para **constituir el tesoro científico nacional**. Fui durante más de cuatro años su Preparador, y en ese tiempo me convencí de que el doctor Hernández era el hombre más severo, más **justo** y más **bueno** que yo he conocido".

**La escuela de Medicina Experimental que creó**, donde se oía como un oráculo la última palabra de la ciencia y cuyos renuevos se encuentran hoy dispersos por los ámbitos de la República y aún en el exterior, prolongará en el tiempo la función docente del Maestro; y su mismo sucesor en la cátedra de Bacteriología y Parasitología ha consignado para la Historia, este valioso testimonio: "El, y sus discípulos penetraron por todos los senderos trillados por los especialistas en la materia; estudiaron la **mayor parte de los gérmenes morbíferos** en el país, e hicieron a la Escuela Venezolana marchar al unisono con las conquistas de la nueva ciencia. Más tarde, cuando la era de los microbios —como dijo el gran Patrik-Manson— había llegado a su apogeo y la de los protozoarios comenzaba, **un discípulo de Hernández** marcó época en los anales de nuestra Medicina, y empieza entonces **la era de la Parasitología en Venezuela** con los trabajos de Rafael Rangel". (9).

Intimamente ligado a la obra y al nombre del doctor Hernández va este **gran discípulo** suyo, a quien aleccionó en la investigación experimental y lo preparó para que fundara después la Parasitología Nacional. "Todas las reformas —anota el doctor Núñez Ponte— a que dió lugar y vida el doctor Her-

---

(9) Jesús Rafael Ríquez:—"Lección inaugural del curso de Bacteriología y Parasitología de 1925").

nández con la fundación y progreso de su cátedra, con lo que propiamente podemos decir su escuela, han hecho cambiar ventajosamente los rumbos de nuestra Medicina, lo cual atestiguan los sabios académicos y profesionales cuyas mentes recogieron de él una gran provisión científica, en cuyas manos está hoy en Venezuela el arte de curar; y los jóvenes que se han distinguido en la exploración del mundo infinitamente pequeño como buzos de la parasitología tropical, declaran asimismo que deben a Hernández, a las lecciones directivas y a los **experimentos fundamentales** de él, todo el valor de sus propias iniciativas y labores”.

Así por ejemplo: en el estudio sobre las “Teorías del sistema nervioso”, que publicó Rafael Rangel en 1901, Año II, Tomo II de los “Anales de la Universidad Central”, dice el progenitor ilustre de nuestra Parasitología, página 385: “**Nuestro maestro**, el doctor José Gregorio Hernández, Director del Laboratorio de Histología, nos hizo la observación de que el líquido de Müller tenía la propiedad de descomponerse con suma facilidad en nuestro clima, por lo cual es necesario renovarlo incesantemente en las fijaciones. Lo mismo sucede con todos los líquidos bicrómicos. En cambio, —continúa la advertencia de Hernández— el endurecimiento de las piezas se hace aquí en menos tiempo del señalado por los autores europeos: mientras éstos recomiendan uno, dos, tres, y hasta cuatro meses de sumersión de los fragmentos nerviosos en la mezcla de Cox, bastan quince, veinte días, lo más un mes para obtener bellísimas preparaciones. Hacemos los cortes con el **microtomo de Ranvier**, o mejor, con el de Selong y los montamos libres en **resina damar y colofonia en benzina**”. Lo cual no era sino la técnica histológica que con fructuoso y persistente esfuerzo había adquirido Rangel en las clases prácticas de Hernández.

En su trabajo sobre “El Carbunclo bacteridiano en Venezuela”, presentado a la Academia de Medicina y publicado en la “Gaceta Médica” del 30 de septiembre de 1906, escribe también Rangel: “Grande fue nuestra sorpresa al encontrar en los frotis de sangre y linfa, los más puros que pudimos recoger de aquellos elementos ya alterados, la bacteridia carbonosa clásica, tal como la describen los autores y como la **habíamos visto** en las lecciones prácticas del doctor José Gregorio Her-

nández; de 5 a 7 micromilímetros de largo, por 1 a 1½ de ancho un poco más gruesa en las extremidades que en el centro, envuelta en una membrana hialina a las extremidades, con su línea de sección sinuosa o quebrada, característica según Koch del bacilo de Davaine". Y añade luego: "Nosotros después de haber consultado con **nuestro maestro** el doctor José Gregorio Hernández, nos hemos estado ejercitando en la exaltación y atenuación de las bacteridias muertas por medio de los métodos conocidos: calor, acción de los antisépticos, etc., etc."

Desde 1894, según lo han atestiguado sus propios condiscípulos, y con título oficial o sin él, fue Rafael Rangel el preparador de los trabajos prácticos en las cátedras de Histología, Bacteriología y Fisiología Experimental, donde bajo la dirección personal de José Gregorio Hernández se adiestró para la experimentación y adquirió aquella competencia que lo llevó más tarde a fundar los estudios de Parasitología Nacional. Ya vemos cómo en 1906, cuando se encontraba en plena evolución ascendente, Rangel según la declaración que precede, consultaba a su maestro y se ejercitaba y seguía con humildad de sabio, las directivas de éste, en la exaltación y atenuación de las bacteridias carbonosas, para la solución de un problema de tan enorme trascendencia social, así como en otras técnicas modernas que a él le dieron fama y lustre y renombre a la Patria. Y un mes apenas antes de su muerte, con motivo de las inconsideradas aseveraciones de algunos colegas según los cuales "**no se había hecho lo indispensable** para demostrar científicamente la presencia del bacilo de Yersin en los roedores de La Guaira", apeló Rangel a la **Comisión de Higiene Pública**, embrion del actual Ministerio de Sanidad con términos elevados y nobles pero que revelaban la amargura de su alma atormentada, y terminaba su exposición considerando un verdadero título de honor para él ofrecer sus servicios "a ese Alto Cuerpo, y por consiguiente al Gobierno Nacional para la ejecución de cualquier trabajo que se digne encomendarme **bajo la dirección de su ilustrado bacterólogo**"; que lo era su maestro de siempre: el Dr. José Gregorio Hernández. Posterior desejo del sabio que movió la pluma de Diego Carbonell a estampar estos vindicatorios conceptos: "La exposición de Rangel ha sido acogida con respeto, porque no puede haber ironías y perversidades sino para los que no tienen méritos ni autoridad. Y sépase, porque ella es una de las pocas cosas que

nadie puede negar entre nosotros, que José Gregorio Hernández y Rafael Rangel, son hoy las únicas personalidades científicas en Venezuela que tienen autoridad en Bacteriología. Decir lo contrario es negar al César lo que le pertenece y querer colocar entre lo poco bueno que tenemos, una serie de nulidades que sólo ostentan el enorme talento de Pacheco".

A Hernández "debi, —declara el Doctor Dominici—, el conocimiento de las extraordinarias facultades técnicas de Rafael Rangel. Hablando un día de Histología del sistema nervioso, díjome: "Pídele a Rangel que te muestre sus preparaciones de cerebro y médula. Eran en efecto bellísimas: no las superaban las que el propio Ramón y Cajal nos mostró a Guevara Rojas y a mí, en el Laboratorio de Malassez en el Colegio de Francia". O sea que cuando Dominici conoció a Rangel, ya era éste un técnico formidable instrumentado desde larga data para la investigación por José Gregorio Hernández, quien por su parte había explorado minuciosamente las aludidas láminas, que su discípulo obtuvo aplicando con todo rigor las técnicas aprendidas en las clases prácticas del maestro y no superadas en opinión de Dominici, por el mismo Ramón y Cajal.

El Doctor V. M. Ovalles en la página 27 de su **Biografía del Bachiller Rafael Rangel**, ciñéndose a una severa compilación de los documentos históricos, concluye que "**Hernández le enseñó Bacteriología e Histología a Rangel**", y al comentar la fundación del Laboratorio del Hospital Vargas agrega: "En realidad Rangel no se encargó de un verdadero Laboratorio, porque aquello no se podía calificar así y a tal respecto escribió el Doctor Diego Carbonell las líneas que siguen en su artículo sobre la Bacteriología en Venezuela (Las Clases Médicas, N° 48, Julio 1º de 1908). "Es obra de Rangel, el actual laboratorio de que es director; porque son suyos los impulsos que a diario recibe aquel salón de experiencias; porque son suyas las solicitudes que hace a nuestro Gobierno, porque fue él a quien la Junta Administradora de los Hospitales compuesta en Febrero de 1902 por los doctores Miguel R. Ruiz, Emilio Conde Flores, Juan Pablo Tamayo, Trujillo Arraval y Martín Herrera, en su sesión del 18 del mismo mes, encargó no del laboratorio, pues no lo había, sino de un escaso número de aparatos, regalados por los doctores Ruiz, Conde Flores, Tamayo y Trujillo Arraval, para que empezara a fundar un Laboratorio de Bacteriología".

Salió Rangel del Laboratorio de Bacteriología de la Universidad a fundar en Febrero de 1902, el del Hospital Vargas y sus colaboradores fueron los doctores Ruiz, Conde Flores, Tamayo y Trujillo Arraval, con los aparatos que le **regalaron** para acometer la memorable empresa; pero continuó sin embargo **un año más, hasta el 1º de abril de 1903**, como Preparador de las cátedras de Bacteriología e Histología. Y quiso años más tarde, el destino, que el Gobierno de la época, designase justamente a su maestro el doctor Hernández para reemplazarlo en dicho Instituto a raíz de su fallecimiento, donde el sabio de Isnotú y técnico formado en las escuelas de París y Berlín, mantuvo con ilustrados consejos y sugerencias el ímpetu investigador que despertó el eminentísimo hijo de Betijoque y prolongó con pesquisas trascendentales para la Ciencia vernácula, la obra tan original y fecunda de su antiguo preparador en el Laboratorio de la Universidad Central. Por todo ello de acuerdo con la más genuina verdad histórica, una autoridad tan conspicua como “**La Sociedad Venezolana de Microbiología, Parasitología y Medicina Tropical**”, declaró enfáticamente “que José Gregorio Hernández fué quien **inició, ensañó y guió** a Rafael Rangel en muchas de sus investigaciones”; y según el Dr. Enrique Tejera, “le **inculcó el método experimental en su diario contacto en el Laboratorio**”. De suerte que fue “en el seno de la Escuela de Medicina Experimental fundada por el sabio Hernández —observa el profesor Leopoldo Briceño Iragorry— donde se formó la figura creadora de la Parasitología Nacional: Rafael Rangel”. La filiación científica de Rangel, constituye pues, un título inmarcesible en la cadena de merecimientos que adornan la ubérrima labor docente de José Gregorio Hernández. Por último debo advertir una vez más, que para ser director del Laboratorio del Hospital Vargas, un técnico de la talla de Rangel formado desde larga data para la investigación experimental por José Gregorio Hernández, no tenía necesidad de padrinos: honestidad y competencia eran sus mejores títulos. Y, en cuanto a las recomendaciones de Dominici por valiosas que fuesen tampoco hubieran logrado benévolamente acogida en las autoridades de 1902 encargadas de expedir el nombramiento, puesto que este maestro se encontraba en el campamento del General Matos desde 1901, y cualquiera insinuación suya sugerida desde las toldas revolucionarias.

narias, habría más bien perjudicado a Rangel, en su afán civilizador.

Procedió pues, con toda justicia, el ilustrado especialista doctor Jesús Rafael Rísquez, cuando en su "Lección inaugural del curso de Parasitología de 1919", afirmó: "Será inútil decir que en estas materias de Bacteriología y Parasitología, apenas si me tocará el humilde papel de tosco repetidor de las enseñanzas de Hernández grabadas de antiguo en el cerebro de los que tuvimos la suerte de llamarnos sus discípulos... Y mañana, cuando lejos de estas aulas, oigáis el nombre de la patria señalada justificadamente entre las demás naciones que han vibrado en el concierto de la **Ciencia mundial**, recordad que esos ecos, son una de las mejores oraciones que pueden llegar hasta los manes de José Gregorio Hernández y de Rafael Rangel. Dos nombres que por capricho del destino me toca enlazar hoy con arco de inmortalidad; y que la historia contemporánea señalará como las dos columnas que han de sostener el edificio de la Bacteriología y la Parasitología nacionales".

Con la circunstancia bien singular por cierto, de que ambos, maestro y discípulo, que con tanto éxito laboraron en vida antes de la era opulenta del Petróleo por el progreso de la Medicina autóctona, repósaron en el mismo lecho mortuorio del Hospital Vargas, durante los momentos que siguieron al fragor de las respectivas tragedias, con que un hado adverso tronchó la existencia de los dos sabios venezolanos!

Mas a esa benemérita influencia docente de Hernández, hay que juntar la resonancia que en el ambiente de nuestra Medicina Social, tuvo el arraigo de la nueva escuela; la cual vino a darle con sus técnicas modernas, un carácter científico al trabajo clínico diario. Lógicamente asienta el doctor Santos A. Dominici, que José Gregorio Hernández fue quien realizó en Venezuela los **primeros diagnósticos científicos**, pues sin la ayuda prodigiosa del moderno microscopio ni de un laboratorio tan bien dotado, que él asoció al examen de sus enfermos, no hubiera sido posible en el medio tropical, indagar la naturaleza de las causas, el mecanismo patogénico y, menos aún las lesiones específicas de los procesos mórbidos. Y, "qué queda de un diagnóstico se pregunta con sobra de razón el doctor Perera, si le quitamos el carácter de científico, sino la cruda opinión del curandero?" A ello debióse la excelente camaradería

en que vivieron por tantos años en Venezuela, después de Vargas, titulares y empíricos, de tal modo que un médico distinguido como el doctor Fernández, quien ejercía en Carache, fué "el orador que hizo la apología del curandero caroreño don Juan José Alvarez Oropeza, el día en que el pueblo lloraba su muerte y el médico, la desaparición de un compañero". Con sentidas frases, nos relata el doctor Perera, los dolores y angustias que afligieron a su honorable familia, con motivo de la grave enfermedad de uno de sus más queridos miembros, en el que se sospechaba una avanzada colitis de naturaleza maligna, "hasta que llegó a Carora un aventajado **discípulo de Hernández**, el doctor Agustín Zubillaga, con un buen microscopio, con el cual practicó el examen correspondiente y comprobó que la colitis rebelde era producida por lamblias. La curación se obtuvo como milagro y con ella volvieron a sentirse unidos por la alegría, los que antes estaban dominados por el gran peso de una desesperante terapéutica". Y el doctor Jesús Rafael Rísquez, cita en su estudio sobre la **Bilharziosis Mansoni** en Venezuela, esta interesante observación: "En un caso relatado por el doctor Rafael González Rincones, tres médicos y dos cirujanos habían diagnosticado apendicitis y la operación se iba a verificar al día siguiente. El **diagnóstico parasitológico** hecho por el doctor José Gregorio Hernández la tarde de la víspera, aplazó la intervención y hace más de siete años que aquel enfermo curado mediante un tratamiento médico adecuado, espera la ejecución de la sentencia operatoria". ¿Cuánto en síntesis no le deben nuestra Higiene y Profilaxia Social a la reforma que inició el doctor Hernández el 6 de noviembre de 1891? Sin ella la Epidemiología se habría reducido entre nosotros a un balbuceo pueril de ordenanzas rudimentarias y la Cirugía tampoco hubiera logrado salir de los estrechos límites de la antisepsia de Lister, para, con el autoclave y la asepsia moderna, pasear su enseñanza victoriosa a través de las más nobles regiones del organismo enfermo. Por ello afirma el doctor Perera que la revolución científica y médico-social encabezada en Venezuela por José Gregorio Hernández, "es la más grande realizada en nuestra Patria, después de aquella que lograron imponer con la pluma y el fusil los creadores de la nacionalidad".

Otra conspicua opinión en este sentido es la del venerable autor de **Venezuela Heroica**, quien con voz de profeta ensalzó

elocuentemente en su Memoria al Congreso de 1892, el nuevo y trascendental sistema pedagógico iniciado por el doctor Hernández. Dijo don Eduardo Blanco, Ministro entonces de la Instrucción Pública: “La falta de un Laboratorio de Histología normal y patológica de Fisiología Experimental y de Bacteriología, se venía notando desde había mucho tiempo en la Universidad Central, para estar a la altura de su misión en lo que respecta a la enseñanza de la Medicina Moderna: Laboratorio en que los alumnos pudiesen aprender prácticamente los mencionados ramos que constituyen una parte novísima y que han venido a abrir anchos horizontes y nuevas y seguras vías a las ciencias Médicas. El Gobierno inspirándose en estas ideas, y solícito siempre en todo lo que se relaciona con el adelanto verdadero de la Instrucción, comisionó al ciudadano doctor José Gregorio Hernández, a quien había enviado a estudiar aquellas ciencias bajo la inmediata dirección de los respectivos Profesores de la Facultad de Medicina de París, para traer los aparatos e instrumentos necesarios a la creación de un Laboratorio adecuado, el que instalado convenientemente, funciona ya como queda dicho. Hoy, no es necesario indicar los beneficios que este Instituto ha de prestar a la juventud estudiosa, pues en él se la enseña a evitar las abstracciones puramente imaginativas, y se la acostumbra a la verdadera y fecunda interpretación de los misterios de la vida. Y son una muestra espléndida de que este Laboratorio ha venido a llenar un vacío notable que existía en la Universidad, la asiduidad con que los jóvenes alumnos de todos los bienios de Medicina, se agrupan en torno de la nueva Cátedra, a recoger los preceptos de una verdadera Enseñanza, y la constancia y entusiasmo con que se dedican a estos laboriosos estudios”.

De modo que el doctor Hernández mediante la estricta aplicación del método experimental de Claudio Bernard, realizó una sana revolución docente en el seno de nuestra Alma Mater, disipó las brumas escolásticas que después de Vargas habían invadido las aulas de la Escuela de Medicina, modernizó esta ciencia en el país, puso “La Universidad a la altura de su misión” y acostumbró a la juventud estudiosa de la Patria, con una verdadera enseñanza, a la interpretación objetiva de las complicadas funciones del organismo humano. Por tan esclarecidos méritos lo calificó Carbonell de Claudio Bernard Venezolano.

Y todavía el 15 de octubre de 1893, asegura el doctor Luis Razetti en la "Gaceta Médica" de Caracas: "Es de justicia consignar aquí que la única cátedra bien dotada que posee la Universidad de Caracas, es la de Fisiología Experimental y Bacteriología, con su buen laboratorio montado al estilo europeo. Este notable progreso lo debemos a los esfuerzos de uno de nuestros más ilustres maestros, el doctor Calixto González, quien obtuvo del Gobierno del Doctor Rojas Paúl, la creación de esta asignatura, y fue enviado a París, a hacer estudios especiales de dichas materias, un joven de grandes méritos, el doctor José Gregorio Hernández, que hoy está al frente de la Cátedra". Es pues inútil subrayar que el notable progreso constituido por la única cátedra bien dotada que el año de 1893 poseía la Facultad de Medicina de Caracas, se debió a la creación del Laboratorio de Fisiología y Bacteriología costeado por el Gobierno Nacional, montado al estilo europeo según Razetti y el cual desde 1891 empezó a dar sus óptimos frutos bajo la sabia dirección técnica de José Gregorio Hernández.

En efecto: Bruñido reflector "de la moderna ciencia médica, trajo Hernández de Europa —en concepto de Dominici— un tesoro de experiencia técnica y clínica sólo comparable con el que a principios del pasado siglo importó el eximio José María Vargas, e introdujo al campo de nuestra Medicina un radiante foco que iluminó muchos ángulos sombríos de la práctica profesional. Pocos cerebros se pertrecharon con mayores y más útiles conocimientos; raros maestros supieron difundirlos con mayor inteligencia y claridad, de modo que bien pudo repetir la magnífica exultación de Horacio: "He erigido un monumento más perenne que el bronce, más alto que la regia estructura de las pirámides": el monumento de su saber y su virtud, el de la fundación de la **Medicina Experimental** en Venezuela". (10). Tal vez la solidez, brillo y altura de esa obra, expliquen —aunque no justifiquen— la indiferencia oficial ante las repetidas instancias de la opinión pública, que desde hace tiempo reclama la albura del mármol o la permanedad del bronce, para exhibir en alguna plaza de Caracas a los ojos de su pueblo, la apacible figura del sabio y del filántropo.

(10) Palabras del doctor Santos A. Dominici al descubrir el retrato del doctor José Gregorio Hernández en el Paraninfo de la Universidad Central.

## EL BIOLOGO

La erudición de Hernández que no era solo libresca, (ya de estudiante universitario había seguido un curso de Ciencias Naturales con el doctor Adolfo Ernst) sino obtenida como se ha visto, mediante el dominio cada vez más completo de las técnicas de laboratorio hizo de él, según lo anota con justicia el doctor Diego Carbonell: “el biólogo más ilustre de la Escuela de Caracas... Sus conferencias sobre Histología, Bacteriología y Fisiología, constituyen verdaderos textos, que ordenados en lecciones, conforme al método que conocemos sus discípulos, harían honor a la Facultad Médica que trabaja en la Universidad Central; pues, se puede escribir de Biología, se puede sostener una ardiente polémica de Filosofía biológica para echar sobre la arena del combate como un escudo de fe materialista o como una “profesión de fe monista”, las teorías que en el mundo han sido, desde Empédocles hasta el naturalista de Jena; mas de esto a la sabiduría “experimental” de un biólogo hay considerable distancia; los primeros son los llamados divulgadores; aquellos que volúmenes en mano, como el diccionario de **Don Perfecto**, fabrican volúmenes y enfáticamente establecen proposiciones. Los segundos como José Gregorio Hernández, tienen una medida justa y prudente para apreciar el valor de los progresos científicos”. Por ello lejos de inmovilizarse en moldes arcaicos, armonizó siempre de manera bella y amplia, las más avanzadas conquistas científicas, con el fondo de austera religiosidad, que formaba el núcleo de su individualidad excepcional; y en sus magistrales lecciones de Fisiología, al rozar con fina ironía que me atrevo a calificar de bersogniana el problema candente del **Origen de la Vida**, muchas generaciones de estudiantes oyeron fluir de labios de Hernández con ligeras variantes para cada curso, los siguientes conceptos: “Si recordáramos siempre lo que nos enseña la Lógica respecto a que hay cuatro estados del entendimiento con relación a la verdad: la ignorancia, la duda, la opinión y la certeza; si empleáramos la lógica, con el mismo entusiasmo y corrección que desplegamos para usar los instrumentos de laboratorio; si verificáramos las generalizaciones, deducciones o inducciones experimentales con la misma atención que ponemos al limpiar y enfocar el lente del microscopio: evitaría mos el camino engañoso de la ilusión y no confundiríamos las

meras opiniones con la absoluta certeza ni con las llamadas **doctrinas**. En efecto : las hipótesis, las teorías, las simples conjeturas, solo representan artefactos de trabajo, aproximaciones a la verdad y en veces no son sino vocablos sonoros, tendidos por los sabios como un puente, sobre el fondo inquietante de muchas lagunas científicas. El hombre de ciencia por otra parte, no debe identificar esas verdades provisionales con la verdad eterna, ni razonar con palabras sino con ideas... Además, se mezclan a menudo dos problemas absolutamente distintos : el origen teórico de la vida que es una cuestión abstracta, y el origen **histórico** de los seres vivos que solo puede resolverse por el método analítico con el criterio testimonial. En la época de su aparición en el mundo, no había testigos del fenómeno, luego es un problema históricamente insoluble y en el estado actual de la cultura humana, científicamente insoluble. Pero si no es posible saber dicho origen de manera cierta, pueden idearse en cambio algunas hipótesis que lo expliquen y que sean útiles para la ciencia. Ciertos expositores comienzan en lo desconocido, en lo hipotético, y pretenden deducir luego lo real y observable respecto del origen de la vida, cuando el método científico exige justamente el sistema opuesto : ir de lo **real y observable a lo desconocido e hipotético**. Son metafísicos disfrazados de experimentadores, que sobre contados fenómenos, imperfectamente observados, pretenden construir y dar categoría de doctrina, a lo que sólo es una hipótesis más o menos ingeniosa".

Lástima grande que la penuria del país sacudido por continuos tumultos y asonadas, explotado por un feudalismo de ignaros gamonales, en el que los escasos recursos del erario público eran engullidos por un peculado insaciable o desaparecían en el turbión de la guerra civil, lo mismo que su prematura muerte : imposibilitaran a Hernández como lo tenía proyectado, para reunir en textos de enseñanza esas conferencias de Embriología, Histología y Fisiología a las que alude Carbonell ; de las cuales sólo conocemos un fragmento tomado de los Prolegómenos y publicado por el Doctor Núñez Ponte en su magnífico "Ensayo Crítico Biográfico" donde —como lo afirma este autor— se destaca la personalidad científica "del biólogo filósofo, cuyo lenguaje es irrepreensible para el más exigente Sico-Fisiólogo".

Como biólogo de su tiempo, no se adscribió a la escuela fijista de Cuvier, para la cual "todos los seres fueron creados, saliendo de la nada en el mismo estado de desarrollo en que se encuentran hoy, con sus especies fijas, separadas e independientes las unas de las otras, sin que los siglos transcurridos las hayan modificado de manera notable, y a lo más han hecho desaparecer algunas de ellas. Esta hipótesis —continúa diciendo Hernández— es poco admitida en la actualidad, porque no explica la formación de los seres ni sus relaciones de una manera científica. Sabemos que en el universo las transformaciones se operan lentamente, como lo demuestra el estudio del cielo en el desarrollo de los astros, y la formación de las diversas capas de la corteza terrestre. La segunda hipótesis es la teoría de la evolución universal, o aplicada especialmente al hombre, la doctrina de la Descendencia. Hipótesis mucho más admisible desde el punto de vista científico, es decir, que tomando en consideración los hechos observados hasta hoy, explica mejor el encadenamiento de los seres vivos que pueblan el mundo, su desarrollo embriológico, la existencia en ellos de órganos rudimentarios, la unidad de estructura y la unidad funcional de los órganos homólogos; y puede armonizarse perfectamente con la Revelación". Pero opinaba sin embargo, que "las Academias y demás corporaciones sabias no deben adoptar como principio de doctrina ninguna hipótesis, porque enseña la Historia, que al proceder de tal forma, lejos de favorecer dificultan notablemente el adelantamiento de la ciencia". Era en suma, un biólogo evolucionista, pues, su irreductible catolicismo no coartó jamás la independencia de su criterio en la averiguación y el examen; si fue un hombre de fe, no fue menos hombre de la investigación, del experimentalismo y de la ciencia; y mientras otros se regodeaban con dissertaciones teóricas sobre la trascendencia literaria social o política de la Filosofía positivista, Hernández, sin estridencias publicitarias, realizaba en nuestra Alma Mater una obra realmente positiva de civilización y de progreso y oponía a las doctrinas de Augusto Comte el espiritualismo cristiano de un Pasteur.

En tal virtud, y con motivo de la discusión suscitada el año de 1905 en nuestros círculos intelectuales por el doctor Luis Razetti, referente a la legitimidad científica de la doctrina de la Descendencia, el propio escritor Diego Carbonell, cuya

opinión es tanto más valiosa cuanto sus ideas giraban alrededor de un polo opuesto al pensamiento filosófico de Hernández, observa: "Cuando Razetti pretendió establecer con argumentos de una dogmática científica incalificable, lo que él llamaba la legitimidad de la doctrina de la Descendencia, recibió de Hernández la respuesta más audaz, más filosófica, y quizás menos **dogmática** desde el punto de vista de la ciencia: "Hay dos opiniones para explicar la aparición de los seres en el Universo: el Creacionismo y el Evolucionismo. Yo soy creacionista". He allí —continúa el distinguido polígrafo— dos actitudes a cual más brillante: **menos dogmático** que Razetti en su fe materialista, Hernández se ha desligado por un momento de su condición de católico para declarar que el Creacionismo es una opinión lo mismo que el Evolucionismo, es decir: con su fe de cristiano ha mirado con recelo determinadas narraciones antiguo-testamentarias, al mismo tiempo que su pensamiento científico le asigna escasa importancia al **dogma haeckeliano de los Enigmas**. Su agilidad escolástica por otra parte, no tiene igual entre los filósofos criollos y ha pensado que bien vale decir **opinión** y no otra cosa; pues la Filosofía estima la opinión como un juicio incierto, pero quien lo emite puede considerarlo más o menos probable. Una opinión no es una **doctrina**, diría Hernández. Razetti se abstuvo de comentar la respuesta del fisiólogo: procedió con prudencia, aunque debemos lamentar su silencio".

El año 1912 publicó el doctor Hernández sus **Elementos de Filosofía** cuya aparición —precisa uno de nuestros más brillantes escritores— fue una "verdadera sorpresa para los amantes de las disciplinas filosóficas. Porque hasta ese momento el nombre del Doctor José Gregorio Hernández, figuraba en el plano más alto del ejercicio de la Medicina, de la enseñanza Universitaria y de las investigaciones científicas. Eran ya numerosos y bien acreditados los trabajos científicos originales, que venía publicando, además de las lecciones de cátedra impresas en un volumen titulado **Elementos de Bacteriología**, primero en su especie en Venezuela; y si bien es cierto que todo el mundo sabía cuan amplia era su cultura en diversos campos del saber, nadie hubiera pensado que, ocupándose tan intensamente como lo hacía del ejercicio de la docencia y de las investigaciones de laboratorio, pudiera hallar tiempo y reposo intelectual para entregarse a la composición de un

tratado de Filosofía. Con esta obra quiso el doctor Hernández dejar constancia de que la Filosofía no es una ciencia meramente especulativa, sino, ante todo y sobre todo troquel de principios donde se forma rectamente la personalidad humana, y dada su clara vocación de educador quiso con ella cooperar a la buena formación de los hombres de su Patria. Por eso escribió su **Filosofía**, como para mostrar razonada y prácticamente con su propio ejemplo, a aquel endeble cuanto satisfecho positivismo rampante en nuestras aulas universitarias, que se puede ser hombre de ciencia y estar al día con los más sabios principios de la investigación material, sin necesidad alguna de acogerse bajo las tiendas de Comte. Marcó pues Hernández con este volumen un hito en nuestros anales universitarios al prevenirnos contra ese afán de científismo meramente experimental, origen de una floración de eruditos a la violeta, pero sin la solidez y categoría que acreditan al hombre de ciencia".

Refiriéndose a la misma obra dice el doctor Dominici: "No he leído libro alguno de más terso estilo ni que penetre más expeditamente en el entendimiento. Clara linfa que envuelve profundidad de océano y que atrae como el abismo. Audacia y muy grande, necesitaría quien intentase penetrar en la hondura de esa obra genial, escrita con la difícil claridad y sencillez de quien domina la materia y el idioma, y la contempla y expone tal como la siente y la mira en su interior. En ella desbordan su pensamiento y las sensaciones de su alma que la constante meditación en sí mismo concentraba y retenía; toda la obra es la revelación de su personalidad en ninguna otra forma ni ocasión manifestada... Perdonadme, si al término de tan hermoso vuelo, la preocupación de no alargar mi discurso, os priva de la visión de frondas y jardines quizás los más bellos y floridos de los "Elementos de Filosofía". De allí el fino apólogo con que el doctor Vicente Peña, Presidente de la Academia Nacional de Medicina, evocó en memorable ocasión, la doble personalidad de su maestro: "Y en mis últimas palabras una fantástica visión: el Profesor José Gregorio Hernández y el Hermano Marcelo, después de una plática íntima al pie de la estatua de Augusto Comte, entran a La Sorbona a dictar la primera de una serie de conferencias sobre Ciencia y Revelación".

Y otro Presidente de la misma Academia, el doctor Arturo Ayala, saludó en la "Gaceta Médica" del 15 de marzo de 1912 la aparición de "Elementos de Filosofía" con el siguiente comentario: "Preciso es convenir que nuestro benemérito colega, el doctor José Gregorio Hernández, posee entre otras múltiples cualidades, el raro don de sorprendernos. Cuando lo suponíamos con la vista fija en el lente del microscopio, para arrancarle los signos característicos de nuestras entidades patológicas, lo vemos ascender con majestuoso vuelo a las sereñas regiones de la Filosofía; y en sintético lenguaje, con independencia de criterio que le honra y revela al hombre de ciencia, aborda los más abstruosos problemas filosóficos".

Por otra parte: como es bien sabido, en su Encíclica del 30 de Septiembre de 1943 sobre los **Estudios Bíblicos**, le exige el Papa Pío XII a los exégetas que "procuren discernir y conocer los géneros literarios empleados por los autores de la más remota antigüedad, pues sólo así se logrará una explicación sólida y científica de la narración bíblica, de acuerdo con la doctrina de la Iglesia y capaz al mismo tiempo de satisfacer plenamente las legítimas conclusiones de las ciencias profanas". Y la Comisión Bíblica en carta de 16 de Enero de 1948, dirigida al Cardenal Suhard, aplicando esos principios a los primeros capítulos del Génesis, escribe: "El deber primordial de la exégesis científica, consiste antes que todo, en el estudio atento de los problemas literarios, científicos y religiosos en conexión con tales capítulos; luego debe procederse a examinar con minucia los sistemas literarios de los antiguos pueblos orientales, su sicología, sus formas de expresión y hasta las nociones que ellos tenían sobre la verdad histórica. Reunir en una palabra sin prejuicios, todo el material de las ciencias paleontológica, histórica, epigráfica y literaria, para interpretar correctamente ciertos pasajes de los primeros capítulos del Génesis, ya que ellos relatan en lenguaje simple y **figurado**, adaptado a las inteligencias de una humanidad incipiente, verdades fundamentales y dan al propio tiempo descripciones populares de los orígenes del hombre".

Además, esta materia fue ampliamente discutida en la reunión de sabios católicos celebrada el año de 1948 en la Universidad Gregoriana de Roma, llegándose a las siguientes conclusiones: 1<sup>a</sup> Aun cuando el origen del hombre por evolución,

no ha podido demostrarse científicamente, existen sin embargo argumentos e indicios no despreciables que parecen darle alguna probabilidad. 2º Desde el punto de vista filosófico, son posibles varias hipótesis que lo expliquen: que Dios haya creado su cuerpo de la nada junto con el alma racional, o que utilizara para formar el cuerpo, alguna materia pre-existente, anorgánica o ya organizada; de suerte que el cuerpo del hombre estaría formado cuando Dios le insufló el espíritu inmortal. 3º Tampoco es inadmisible que Dios, en cuanto causa principal, se haya servido como instrumento para formar el cuerpo humano, de la capacidad generativa de un animal, infundiéndole luego el alma espiritual. De modo que si cuando se habla del origen del cuerpo del hombre **por evolución**, se quiere sostener que éste va enlazado por ligamentos físicos de derivación con las especies animales inferiores, puede afirmarse que semejante teoría **no repugna a la razón**, ni que en el estado actual de la ciencia teológica, se encuentre en contradicción **con ninguna de las verdades que atañen a la fe**". Con su interpretación moderna y científica de los versículos del Génesis, se adelantó Hernández a los sabios postulados de esos notables documentos que aparecieron respectivamente, 31 y 36 años después de sus **Elementos de Filosofía**.

Todo esto movió a su ilustrado sucesor en la Cátedra de Bacteriología y Parasitología, mi inolvidable compañero el doctor Jesús Rafael Rísquez, a bosquejar con luminosa propiedad la trayectoria intelectual de Hernández: "El estudiante que basó sus conocimientos en la recia disciplina de su maestro el eminentísimo pedagogo y hombre de letras Guillermo Tell Villegas; que trasladado a otras escuelas cuyos Profesores eran supremo cenáculo de la Ciencia, supo absorber los postulados de la nueva Medicina y transmitirlos a sus discípulos, tenía que ser un consagrado científico. Meditó en los planetas, soles y masas que llenan la inmensidad de los espacios siderales y encontró aquellos cuerpos que estudió en su Cosmología Racional. Trasladó sus consideraciones a la tierra y sus componentes y halló en ella los mismos elementos en sus formas estáticas. Estudió estos mismos principios en las manifestaciones biológicas y los observó en los cambios interminables de la vida. Se asomó a los cristales del microscopio y pasó años en la contemplación del microcosmo. Por donde quiera sorprendió la energía y la materia en variadas e ince-

santes transformaciones. Pero él tenía que buscar más allá; y llevado por la razón y la fe —como dos alas— se fue elevando desde el mundo material a través de los senderos de la Filosofía, de la Metafísica y de la Mística donde su espíritu terminó por sumergirse para siempre en el infinito de Dios". Paradógica individualidad la de este hombre en cuya amplia mente jamás disintieron con escándalo su doble condición de técnico consumado de laboratorio, fundador de nuestra Medicina Experimental, y la espiritualidad o delicadeza de su temperamento moral; en tanto que positivistas renombrados como Rafael Villavicencio, Guillermo Delgado Palacios y Elías Toro, batidos por el vendaval de ideologías contrapuestas, pretendieron calmar al fin el escozor de sus dudas, con el baño sedante de la Teosofía!

### EL INVESTIGADOR CIENTÍFICO

Conforme se ha visto, antes de que Hernández instalara sus cátedras universitarias, la enseñanza médica entre nosotros —fundamentalmente teórica— no pasaba de simples figuras pintadas en los textos, palabras que se aprendían y se repetían de coro, pues en el turbulentivo devenir de la historia patria las teorías pedagógicas de Simón Rodríguez, según las cuales "más interesantes que las Gramáticas de la época y la Geografía con sus listas de golfos y de gobiernos, era lo que el ojo puede ver, la mano palpar, y el hombre formar dentro de sí mismo"; y aún los preceptos de Cecilio Acosta de que "los medios de la ilustración no deben amontonarse como las nubes, para que estén en altas esferas, sino bajar como la lluvia a humedecer todos los campos": habían caído totalmente en olvido, de modo que el nuevo reformador de nuestra Medicina, hubo de cambiar el libro y la lección de memoria por el laboratorio, enseñando a la Juventud estudiosa a escudriñar con el lente del moderno microscopio la selva tupida e inexplicada de la Patología Nacional. Por ello anota el doctor Diego Godoy Troncos: Inició Hernández en el país "los experimentos en Fisiología, que desgraciadamente quedaron interrumpidos con su muerte por más de veinte años, hasta la reciente creación del **Instituto de Medicina Experimental**, y los cuales sirvieron de fundamento a otro gran muerto: Rafael Rangel, para la acción

fecunda en el campo de las investigaciones científicas. Y si no llegó el doctor Hernández a más grandiosas realizaciones en este ramo de la investigación, culpa fue del medio, inadecuado en la época para emprender una obra de tanta envergadura como esa, que reclama maravillosas instalaciones de aparatos y un equipo de colaboradores, de alta capacitación técnica, que aún en el día de hoy, resulta de difícil obtención". (11). El presupuesto destinado al ramo de Instrucción Pública en vida de Hernández era en efecto miserable, si se lo arrima a las caudalosas y despilfarradoras erogaciones posteriores, cuando el Pacto de la Fábula trocó sus cristalinas linfas, por las ondas inmundas del **oro negro**, causa y origen de tantos malabarismos financieros en Venezuela. Con la circunstancia ya señalada por ilustres escritores, de que tales deficiencias no eran sólo ostensibles en los planteles universitarios, sino que el decreto tan celebrado de la Educación Primaria Obligatoria, rozó apenas superficialmente nuestro atraso en materia educacional; y si es cierto que en 1884 había mayor número de escuelas que en épocas anteriores, el personal docente continuaba a merced del capricho y arbitrariedad de los caciques locales, sin material adecuado ni relación alguna práctica o emocional con el medio donde debía actuar. La obra de los maestros —observa atinadamente Don Mariano Picón Salas— "se limitaba apenas a enseñar a algunos proletarios o campesinos venezolanos, a garrapatear su firma o a leer deletreando. No se traducía en cambio moral o económico provechoso para el medio rural. No mejoraba la producción ni las formas de convivencia familiar, ni la comprensión cívica de la patria; y algunos hombres de ciencia bien dotados, capaces de investigar y crear en un medio que no los comprendía, han trabajado terriblemente sólos, mientras que al margen de ellos, no imperaban sino la rutina y el empirismo". En tal virtud, es mediante una encomiable labor diurna en el ejercicio de las cátedras de Bacteriología, Parasitología, Histología y Fisiología Experimental que fundó Hernández y regentó con brillo en la Universidad de Caracas hasta el día de su muerte, como se destacará siempre su procera figura en los fastos médicos venezolanos.

---

(11) (Discurso en el Cementerio como representante del Congreso Nacional).

Entre los trabajos publicados por él, "hermosos capítulos de ciencia alta y profunda, legados a la cultura nacional", como los califica el doctor Razetti, merecen especial mención los siguientes: **Sobre el número de glóbulos rojos**; enviado al Congreso Médico Panamericano de Washington en 1893. **Sobre la angina de pecho de origen palúdico.** Selecto estudio que apareció en la "Gaceta Médica de Caracas" el 15 de Febrero de 1894, dedicado a la Facultad de Medicina de Madrid y donde el autor hace una sesuda investigación histo-patológica de la enfermedad, en la sangre de los pacientes que sirven de base a su disertación. **De la nefritis en la fiebre amarilla; Lesiones anatomicopatológicas de la pulmonía simple; Estudio sobre la anatomía patológica de la fiebre amarilla;** presentado a la Academia de Medicina en colaboración con su ilustre discípulo doctor Felipe Guevara Rojas, fundador de la cátedra de Anatomía Patológica; **de la Bilharziosis en Caracas. Tratamiento de la Tuberculosis pulmonar por medio del aceite de chaulmoogra.** Y como compendio de sus cursos, los "**Elementos de Bacteriología**", prodigo de claridad y concisión, obra eminentemente didáctica que convierte en amenas y simples las técnicas más embarazosas de esta ciencia, constituyendo además el primer ejemplar de su género dentro de la literatura médica venezolana. Hizo en 1917 viaje especial a los Estados Unidos y Europa, para complementar estudios de **Embriología e Histología**, de que planeaba también textos de enseñanza; y lo poco que sobre el particular dejó escrito, justifica plenamente la opinión del doctor Carbonell, según la cual: "Hernández perteneció a la categoría de los **verdaderos biólogos**: hombres de sabiduría experimental, que tienen una medida justa y prudente para apreciar el valor de los progresos científicos; que amando la ciencia no la exageran y perfeccionando la obra experimental, no la confunden; sino estudian la Biología en el propio "centro" de las ciencias biológicas; saben distinguir las células orgánicas; han contemplado en ellas las figuras carioquinéticas, y sorprendido con una paciencia visual admirable los pseudópodos de una amiba o el cilindro eje de una célula cortical. A esa categoría de hombres selectos, perteneció José Gregorio Hernández". (12).

---

(12) ("Gaceta Universitaria", órgano de la Universidad de Los Andes. 31 de Julio de 1919. Número 61 y 62).

Al terminar su estudio sobre "Tratamiento de la Tuberculosis pulmonar por medio del aceite de chaulmoogra", presentado el 13 de Junio de 1918 a la Academia de Medicina, dijo el doctor Hernández: "Aunque esta es una comunicación preliminar, pues no hemos tenido el tiempo suficiente para un estudio definitivo, podemos sin embargo formular las siguientes conclusiones: 1<sup>a</sup>—El aceite de chaulmoogra **mata** el bacillus de Koch. 2<sup>a</sup>—Los enfermos tratados por las inyecciones de dicho aceite, no han sido perjudicados en modo alguno: antes por el contrario, se ha notado en todos mejoría del estado general, aumento del apetito, **desaparición o disminución de la fiebre**, y en algunos de ellos **desaparición de todos los síntomas y del bacilo en los esputos**. 3<sup>a</sup>—Las pequeñas dosis de uno o dos centímetros cúbicos, separadas por largos intervalos, parece obran mejor, que las grandes de 5 a 6 centímetros cúbicos". A lo cual no obstante sus personalísimas ideas sobre la materia, observó el notable tisiólogo doctor Francisco A. Ríquez: "He oido con sumo interés el trabajo del doctor Hernández, y lo felicito por haber emprendido una obra que puede lograr felices resultados, dada la **base científica** en que se apoya y las importantes conclusiones a que llega en su **experimentación**". Y el doctor Rafael González Rincones añadió este jugoso comentario: "Entre las conjeturas a que da lugar esa acción del aceite de la **ginocardia odorata** que nos señala el ilustre doctor Hernández, hay una que viene pronto a la imaginación: tanto el cocotrix de Hansen como el esclerotix de Koch, tienen una cubierta de cera, soluble en xilol en caliente, que los hace invulnerables contra las defensas celulares y humorales del organismo. Disuelta esa cera en un medio aceitoso, quizás los gérmenes sean más vulnerables. Y si hasta hoy la seroterapia ha sido impotente contra el bacilo encerrado en su cubierta, impermeable a los coloides humorales, quién sabe si podrán vencerlo al faltarle la coraza que lo defiende. Yo felicito sinceramente al autor de esa comunicación, pues el acopio de **datos experimentales** que nos presenta y las esperanzas que deja entrever la narración de **sus casos clínicos**, son más que suficientes para considerar este trabajo como muy importante".

El estudio de Hernández, es tanto más digno de encomio cuanto para esa época no se había difundido entre nosotros el valioso recurso de la radiografía y radioscopy con que pueden

descubrirse lesiones pulmonares incipientes y el médico venezolano basaba sus diagnósticos en investigaciones de laboratorio practicadas con consumada habilidad técnica y sobre exámenes clínicos magistrales dignos de un Laenec; pues, "trabajando asiduamente durante años —nos informa su colega el doctor Manuel A. Fonseca— afinó primorosamente sus sentidos y se hizo **dueño absoluto** de cada uno de los innumerables y delicados elementos que favorecen y aún permiten la observación, cuyo olvido o ignorancia son desastrosos a la cabecera del enfermo, y se encuadró dentro de los grandes lineamientos de un clínico esclarecido".

Años más tarde, con motivo de experiencias realizadas por el doctor Mac-Donald, de la Estación Experimental de Honolulu, con el aceite refinado de chaulmoogra en la misma enfermedad, expuso el doctor Razetti en el **Nuevo Tiempo** de Bogotá, 15 de Febrero de 1921: "La prioridad de este método de tratamiento corresponde a nuestro nunca bien sentido compañero doctor José Gregorio Hernández, quien **fue el primero que empleó el aceite de chaulmoogra en la tuberculosis humana**. Pero el doctor Hernández además de hombre de ciencia, fué un profesional honradísimo que procedió como lo ordena la moral médica: comunicó a nuestra Academia de Medicina su descubrimiento, para que todos los médicos ensayaran **su método** en beneficio de los pacientes. El resultado de la honorable conducta del doctor Hernández en esta ocasión, fué que nuestros médicos han empleado y continúan usando el mismo agente, en el tratamiento de la tuberculosis, con éxito satisfactorio. Si el doctor Hernández, en vez de ser **lo que era** hubiera sido un industrial de la Medicina, habría hecho de la droga un preparado secreto, lanzándolo con algún nombre sonoro al mercado, rodeado de toda clase de reclamos mercantiles. Piénsese en el efecto que hubiera producido en Venezuela, la noticia de que el **sabio doctor José Gregorio Hernández** poseía un remedio curativo de la tisis: no hubiera quedado un sólo tuberculoso sin usarlo, con la fe que inspiraba **el eminentе profesor**. Seguramente hubieran ingresado al bolsillo del virtuoso médico, muchos miles de bolívares; pero yo no hubiera podido pronunciar estas palabras ante su tumba: "nos lega un hermoso ejemplo, de cómo se puede ser sabio sin presunción y de cómo se logra conquistar la verdadera popularidad dentro de los límites estrictos de la honradez y de la virtud". Nobles

frases que debieran ser tomadas en cuenta por cuantos levantan la bandera del industrialismo médico en Venezuela.

Tal vez el mejor elogio de su “**Estudio sobre la Anatomía Patológica de la Fiebre Amarilla**” (31 de enero de 1912), es el Informe que ante la Academia Nacional de Medicina leyó la “**Comisión de Patología Médica**”, constituida por los doctores Francsico A. Rísquez, Manuel A. Fonseca, Alfredo Machado, M. A. Dagnino, Emilio Ochoa y Bernardino Mosquera, veteranos de nuestra Piretología y el cual finaliza con estos laudatorios conceptos: “Trabajos como el de los doctores Hernández y Guevara Rojas, obras de observación y sobre todo, labor nacional y personal, que se aleje de la sumisión a hechos y doctrinas consagradas y huya de las cadenas del **magister dixit**, con las cuales se estrangula el pensamiento, merecen el aplauso y estímulo de esta Corporación; y nosotros los de la **Comisión de Patología Médica**, se los tributamos sin otras reservas, que las de guardar los más entusiastas para el día no lejano, según parece, en que desde la **Escuela de Caracas**, se diga al mundo científico, que fue aquí donde se decubrió la explicación anatómica y patogénica y se encontró y demostró la característica histológica del **Tifus icterodes**”. Las investigaciones de Hernández, sobre la Nefritis y Anatomía Patológica del **Vómito Negro**, conforme a disciplinas rigurosamente experimentales, iban encaminadas a desbrozar uno de los más enmarañados sectores de la Patología Tropical.

Analizando igualmente la obra fecunda del investigador, glosa el doctor Jesús Rafael Rísquez: “Al correr de sus lecciones y de la aplicación práctica que hacia de ellas, el doctor Hernández se sitúa en el **nuevo campo experimental**, y de aquí surge el investigador científico, al comparar los resultados que aprendió en libros y obtuvo en las escuelas europeas, con los que iba **descubriendo** en nuestro medio”.

Pocos ejemplos servirán para ilustrar este capítulo. Cuando enseña a sus discípulos el cálculo en la cuadricula microscópica de un hematímetro, Hernández verifica muchas veces el recuento de los glóbulos rojos en personas en perfecto estado de salud, y como conclusión expone sus ideas no sólo ante aquellos, sino también las lleva al Congreso Médico Panamericano, reunido en Washington.

Porque para esa época, las **obras clásicas** de Fisiología no daban ningún dato sobre la influencia que ejerce la latitud, en la composición de la sangre humana.

"Tratando de estudiar esa influencia —escribe Hernández— de la zona tropical, nos pusimos a averiguar la cantidad fisiológica media de los glóbulos rojos en los habitantes de Caracas, que teniendo diez grados treinta minutos y cincuenta segundos de latitud Norte, se encuentra naturalmente en la región intertropical". Y concluye dando por término medio, tres millones cuarenta y siete mil glóbulos rojos por milímetro cúbico, en vez de cinco millones encontrados en los climas templados. Además hace investigaciones acerca de la urea urinaria, eliminada en veinticuatro horas en los habitantes de nuestra ciudad capital y la encuentra también disminuida en comparación con los datos venidos de Europa. Relaciona los bacilos de Koch y Hansen por ser ácidos resistentes y expone los resultados obtenidos en la tuberculosis con el tratamiento por el aceite de chaulmoogra usado para la lepra. Investiga las lesiones anatomo-patológicas de la fiebre amarilla y estudia la nefritis de esa misma enfermedad. Y para no citar otros ejemplos, cuando poco se hablaba entre nosotros de la ya tan conocida bilharziosis, el doctor Hernández escribe un trabajo sobre este flagelo y excita a sus discípulos a estudiarlo, porque la bilharziosis —dice— está más extendida en Venezuela de lo que se supone". (13).

En su Trabajo de Incorporación a la Academia Nacional de Medicina, apunta Dominici, que Hernández mantuvo "el ímpetu investigador despertado por Rangel, con ilustrados consejos y sugerencias... En 1910, José Gregorio Hernández llama la atención sobre la frecuencia de la bilharziosis en Caracas e insta a sus discípulos a mirarla con más interés; y en 1911, Benchetrit, por insistencia de Hernández, encuentra por primera vez en Venezuela, después de muchos fracasos, los vermes adultos machos y hembras, aislados o en cópula en la vena porta de un sujeto autopsiado por él, en el Hospital Vargas". Dato muy curioso: las Tesis doctorales de Victor Raúl Soto e Inocente Carvallo, habían caído tan en olvido,

---

(13) (Doctor Jesús Rafael Ríosquez. Discurso en el Paraninfo de la Universidad Central, 1944).

que en su Informe sobre el trabajo de Benchetrit, presentado a la Academia de Medicina, el 31 de agosto de 1911, expresa la "Comisión de Patología Médica": "En sesión del 31 de diciembre de 1909, de la IV Conferencia Sanitaria Internacional reunida en Costa Rica, el Delegado de Nicaragua, doctor Castro Cervantes, citó un caso de Bilharzia observado en Costa Rica, procedente de Venezuela; y aludido el Delegado Venezolano doctor Acosta Ortiz, manifestó: que extrañaba mucho la observación hecha, puesto que "ni en el Hospital Vargas" de Venezuela que es un hospital cosmopolita, adonde llegan enfermos de todos los lugares de la República, ni por investigaciones distintas en los diferentes casos de disentería, estudios microscópicos en los laboratorios, ni en el examen de las heces de los que morían de disentería, ni en las tesis de sus discípulos ni por otros muchos trabajos, había tenido noticias de que se hubiese encontrado nunca el parásito de la Bilharzia entre los otros muchos parásitos de diversas especies que se registran en los casos de disentería". "Un mes y medio más tarde —continúa la Comisión— el doctor José Gregorio Hernández publica su estudio "De la Bilharziosis en Caracas" y asienta y demuestra la frecuencia de esta enfermedad entre nosotros. Estas dos opiniones expuestas a tan escasa distancia una de otra denotan que la enfermedad es de muy reciente descubrimiento". Bien entendido, que en su trabajo fundado sobre prolifas indagaciones practicadas en enfermos originarios de Caracas, Petare, Santa Lucía y Chacao, advierte Hernández: "En ninguno de nuestros casos pudimos hallar los huevos en la orina, ni tampoco estos enfermos habían tenido hematurias. Ahora bien: por los caracteres ya señalados, es decir, por su forma ovalar; por sus diámetros de 120 a 140 micromilímetros de largo, y de 60 a 67 micromilímetros de ancho; por el gancho situado lateralmente y por la forma del miracidio, hemos creído que se puede clasificar este huevo como perteneciente a la variedad de Bilharzia hematobia denominada Schistosomum Mansoni o alguna muy próxima a ésta que podríamos llamar Schistosomum americanum; dicha variedad sería el parásito de la Bilharziosis en nuestro país". Y añade luego: "Por no haber tenido oportunidad de hacer la autopsia a ninguno de los afectados de esta enfermedad, no hemos logrado observar el parásito adulto, ni descubierto tampoco la presencia del mismo en la vena porta ni en los otros órganos donde

se sitúa habitualmente... Allen observó en Natal que la afec-  
ción se presentaba casi únicamente en los hombres, quienes  
la contraían desde la infancia; y sostiene que el parásito pe-  
netra con el agua al interior del prepucio, de donde pasaría a  
la uretra y el resto del organismo a través de la mucosa ure-  
tral. Estas observaciones de Allen permitirían explicar por  
qué no hemos encontrado los huevos en la orina de nuestros  
enfermos, así como la falta de hematurias, pues los baños de  
inmersión prolongada son raros entre nosotros; en cambio  
si el parásito penetra por el tubo digestivo y se desarrolla en  
la vena porta, viene tal vez por las mesaraicas a poner sus  
huevos en la mucosa intestinal y deja indemnes las vías uri-  
narias".

Benchetrit a su turno escribe: "En nuestros análisis de coprología, hemos encontrado varias veces el **Anquilstomus duodenalis** y **Tricocephalus trichiurus**, **Anguilulas intestinales**, **Cercomonas**, etc. y una sola vez el **Schistosomum hematobium**. Hecho que parece estar en contradicción con la con-  
clusión de nuestro querido maestro el doctor José Gregorio Hernández, quien en su trabajo "De la Bilharziosis en Caracas", dice: "Es un hecho que la Bilharziosis es bastante fre-  
cuente entre nosotros". Al mismo tiempo el doctor Hernández nos habló mucho de la Bilharzia, y nos invitó a que siguiéramos estudiando ese punto de parasitología médica de alta importancia. Nosotros, aceptamos gustosos la invitación del Maestro". Afirmaciones que dan mayor realce si cabe, al tra-  
bajo de Hernández, tanto más cuanto el propio Benchetrit al igual de Soto en sus estadísticas, no le asignó entonces a la Bilharziosis la importancia que esta enfermedad tiene en el cuadro nosográfico venezolano.

Con tal motivo en su "Elegía al Doctor José Gregorio Hernández", juzga Dominici el opúsculo "De la Bilharziosis en Caracas", como "el primer grito de alarma por la frecuencia de la tremenda infición entre nosotros. Del minucioso estudio de los huevos hallados en las heces de sus enfermos, deduce el autor que el parásito de la Bilharziosis de nuestro país per-  
tenece "a la variedad de **Bilharzia hematobia** denominada **Schistosomum Mansoni** o alguna muy próxima a esta que podríamos llamar **Schistosomum americanum**" en cuya deno-  
minación coincide con la opinión expresada casi al mismo tiempo por Pirajá da Silva en el Brasil.

Y, para que de manera objetiva logre apreciarse cómo José Gregorio Hernández enseñó siempre en su Cátedra la **última palabra de la ciencia**, copiaré la **Nota** que uno de sus más destacados discípulos, el doctor Rafael González Rincónes, bajo el mote “Algunas consideraciones sobre el curso de Microbiología Técnica del Instituto Pasteur de París de 1908-1909”; envió de esta ciudad al “Boletín de los Hospitales de Caracas” del 1º de Julio de 1909: “La excelente obra que publicó mi maestro el doctor José Gregorio Hernández en 1906, me ha servido de punto de comparación entre la actual enseñanza del Instituto Pasteur y el estado de los conocimientos para aquella época. La obra del doctor Hernández y las copias que tomé durante el curso del Instituto, serán mi única fuente bibliográfica. No insistiré sobre lo expuesto tan claramente por mi maestro en sus **Elementos de Bacteriología**, acerca de los instrumentos, cultivos y envases para los aerobios, pues han sufrido **muy pocas variantes**. Sólo ha variado algo la técnica aconsejada por el doctor Hernández para el cultivo de los anaerobios, pero en su libro hay una alusión **cuya justicia** ha sido reconocida en la **práctica de hoy** y la cual generalizándose y perfeccionándose ha hecho la investigación sobre anaerobios tan sencilla como la que se realiza con los aerobios: “La glucosa —dice Hernández en su obra— en la proporción de medio a dos por ciento, añadida al medio de cultivo después de preparado, sirve para estos cultivos”. De modo que el aventajado discípulo no encontró mayor diferencia entre las técnicas usadas por Hernández desde 18 años atrás en sus cursos de la Universidad Central y las del Instituto Pasteur de París en 1909; y aún anota con agudeza, cierta **innovación** introducida por el Maestro en el cultivo de los anaerobios, que empezaba a difundirse entonces en ese gran santuario de la investigación científica moderna: El Instituto Pasteur de París. También vinos cómo a propósito del estudio sobre “Teorías del sistema nervioso”, con su honradez y sinceridad habituales, transmitió Hernández a Rangel, muy originales y peculiares observaciones, acumuladas durante años de trabajo en la paz silente de su gabinete de experiencias, y relativas a que “El líquido de Müller, lo mismo que todos los líquidos bícárnicos, se descompone con suma facilidad en nuestro clima, por lo cual es necesario renovarlo incesantemente en las fijaciones; y que el endurecimiento de las piezas de tejido nervioso se hace aquí

en menos tiempo del señalado por los autores europeos: de suerte que mientras éstos recomiendan uno, dos, tres y hasta cuatro meses de sumersión de tales fragmentos en la mezcla de Cox bastan quince, veinte días, lo más un mes, para obtener entre nosotros preparaciones bellísimas"; como las logradas por el discípulo en las postrimerías del pasado siglo, bajo la proficia orientación técnica de su maestro.

Hombre de gran modestia, realizó Hernández con fuerte voluntad, en el recato de su laboratorio y sin estridencias publicitarias, una labor personal de **investigación autóctona**, encaminada al conocimiento y discriminación de nuestros agentes patógenos. Según lo saben sus discípulos y puede verse en las páginas de "**Elementos de Bacteriología**", era corriente en sus clases teóricas y prácticas el estudio de la morfología, coloración, cultivo y biología de los gérmenes del Carbón (a que alude Rangel en su trabajo sobre "El Carbunclo bacteriano en Venezuela"), Tuberculosis, Estafilococcias, Streptococcias, Tétanos, Muermo, Septicemia de Pasteur, Difteria, Fiebre tifoidea, (14), Lepra, Colibacillus, Pneumonía, Blenorragia, Grippe, Peste bubónica, Disentería bacilar y amibiana, Paludismo, Tripasomas, etc.; y al decir del doctor L. Briceño Iragorry, actual Profesor de Bacteriología y Parasitología de la Universidad de Caracas, y Secretario de la Academia de Medicina: "Bajo su sombra se han hecho gran número de trabajos que han aclarado multitud de problemas de Medicina Nacional. Con la introducción de Técnicas nuevas, de nociones fundamentales en los conceptos etiopatogénicos, el aporte del microscopio y la ayuda de la Bacteriología, abrió un nuevo campo a nuestras ciencias médicas. Hernández es el **fundador** de nuestra Medicina contemporánea y logró cambios radicales y profundos en los métodos de investigar los procesos morbosos. Su obra científica fue **inmensa** y sus trabajos **ejemplos del método experimental aplicado a la investigación...** El estudio sobre la Bilharziosis en Cáracas, fuera de llamar la atención por primera vez acerca de su importancia en nuestro medio, lo destaca como **descubridor**, pues propone casi al mismo tiem-

---

(14) Como aplicación práctica de sus lecciones, efectuaba el doctor Hernández con fines docentes, a partir de 1896, en pacientes de su clientela privada, la **Sero-Reacción de Widal**, uniendo sus esfuerzos a los de otros maestros en la discriminación etiológica de las "**Fiebres de Caracas**".

po que Pirajá da Silva en el Brasil el nombre de **americanum** para la especie en cuestión, seguro de haber observado algunas diferencias, con las descripciones que de los huevos se conocían entonces; y es bajo su dirección, cómo uno de sus discípulos descubre, años más tarde, el vermes adulto. Su trabajo sobre tratamiento de la tuberculosis por el aceite de chaulmogra, es **un modelo de investigación científica**; pues además del mérito de corresponderle la **primacía** de la introducción en el mundo científico, de dicho agente terapéutico en el tratamiento de la peste blanca, revela hasta la saciedad su espíritu experimental: una vez concebida la idea por semejanza con lo que pasa en la Lepra, ensaya **in vitro** la acción del aceite de la Gino cardia sobre el bacilo; hace luego la comprobación en el animal de experiencia y termina con su aplicación en casos humanos... Sus discípulos conducidos por la vara mágica del Maestro, harán efectivos los resultados de su enseñanza, entregándose a la tarea de arrancarle misterios a nuestra Patología Tropical. Nuevo Teseo, rompió las cadenas que mantenían atadas nuestras ciencias médicas al **empirismo y oscurantismo** y supo llevar la bitácora que guiaba a las jóvenes generaciones. Marcó la **ruta rumbo**, y las marejadas extrañas no pudieron influir en la orientación de su aguja". (15).

El 15 de febrero de 1894, como queda indicado, publicó Hernández un notable trabajo sobre la "Angina de pecho de naturaleza palúdica", donde el autor hace **por primera vez en nuestro país** el estudio histopatológico de la sangre, en enfermos víctimas de paludismo. Y como prueba —si fuese necesaria— de que desde entonces implantó y siguió con todo rigor las **normas experimentales** que han dado lustre a la investigación científica autóctona, reproduciré algunas de las conclusiones a que llega en la parte de su disertación consagrada a la **Anatomía Patológica**: "Puesto que nuestros enfermos curaron todos tres rápidamente, no hemos tenido ocasión de hacer ningún análisis necrópsico. Sin embargo cuando se trata de paludismo, esta circunstancia no es tan de sentirse, pues la parte más importante de la anatomía patológica reside en la sangre.

(15) Doctor L. Briceño Iragorry. Discurso en el Paraninfo de la Universidad Central, al colocarse el retrato del doctor José Gregorio Hernández.

"La sangre de los dos individuos en quienes la analizamos, presentaba los caracteres siguientes: glóbulos rojos normales en lo que respecta a su tamaño y forma. Los glóbulos blancos en ambos casos existían en mayor abundancia aparentemente, pues en ninguno de los dos pudimos hacer la numeración globular. Las granulaciones pigmentarias formaban grandes masas del tamaño de un glóbulo rojo, y algunas un poco mayores y se encontraban muy numerosas entre los glóbulos, en todo el campo de las varias preparaciones que hicimos.

"A pesar de los repetidos exámenes practicados con el fin de descubrir el hematozoario de la fiebre paludosa, nuestros resultados fueron siempre negativos. Tampoco llegamos a descubrir los gránulos de pigmento en el interior de los glóbulos. Sin embargo, la sola presencia del pigmento, basta para asegurar la etiología de la enfermedad; puesto que según Widal, la "melanemia puede encontrarse en todas las formas benignas o malignas de la malaria. Es una manifestación constante y seguramente de las más características de la intoxicación aguda. Fuera de la malaria, no existe ninguna enfermedad ni intoxicación alguna capaz de producir la melanemia".

"Nuestros enfermos eran indudablemente palúdicos: lo demuestra irrevocablemente para dos de ellos, el pigmento que se hallaba en la sangre; y para el tercero, el hecho de que sus ataques de angina fueran sustituidos por ataques de fiebre palúdica. Además de estas razones, bastante poderosas por sí solas, hay el resultado verdaderamente maravilloso de la desaparición de todos los accidentes merced a un tratamiento específico por la quinina".

Tengo a la vista el borrador de un Informe del doctor Hernández en su carácter de Director del Laboratorio del Hospital Vargas y en el que participa que durante el año de 1910 "se practicaron en dicho instituto setecientos cincuenta y ocho análisis entre los cuales figuran 14 exámenes de tumores de diversa naturaleza.

De modo que fuera de su agobiadora labor experimental y docente en la Universidad, donde por la penuria del país carecía hasta de un sirviente "que lo ayudara durante los experimentos que se practican en el curso de la enseñanza técnica", efectuaba Hernández corrientemente entre otros análisis en-

viados por los diferentes Servicios del Hospital Vargas, minuciosos estudios histo-patológicos de tumores, procedentes del Pabellón de Cirugía, años antes de que se hubiera creado la correspondiente cátedra de Anatomía Patológica.

El 19 de septiembre de 1912, en memorial dirigido al Presidente de la República, le sugirió Hernández la creación de un Instituto de Bacteriología y Parasitología "que abrirá una era de progreso en los estudios médicos entre nosotros; permitirá hacer el estudio completo de nuestras enfermedades tropicales y será de gran utilidad para el Saneamiento de la República. En todas las capitales suramericanas existe este Instituto; solamente Caracas carece de él, más por ser esta una obra indispensable en todo país civilizado, tarde o temprano habrá que establecerlo aquí, y de ninguna manera debe Usted permitir, Señor Presidente, que un Gobierno posterior le quite la purísima gloria de haber sido su Fundador en Venezuela". Al igual de otras gestiones civilizadoras de José Gregorio Hernández, quien lejos de ser visionario, fué un realizador, cayó también ésta en el abismo de nuestra rutinaria indiferencia oficial.

Tan ingente e infatigable actividad del sabio, movió al doctor Rafael González Rincones, para finalizar su "Revista científica", leída en la Academia de Medicina, el 11 de Febrero de 1943, con las siguientes frases: "Al terminar estos comentarios sobre el adelanto que la experimentación en animales ha permitido, no puedo prescindir de tributar el homenaje de un recuerdo a la memoria del **Fundador de la Fisiología Experimental** en Venezuela, el doctor José Gregorio Hernández, espíritu selecto que enseñaba cómo se investigan las verdades ocultas en la trama de los tejidos anatómicos". Y el doctor David Lobo, Presidente de la Academia de Medicina a la muerte de Hernández, declaró en su discurso: "En el campo de la ciencia, su amplio entendimiento desplegó alas de cóndor y remontó muy alto el vuelo. Eligió los estudios quizás más arduos de la Medicina y conquistó rápidamente en Fisiología, Histología y Bacteriología, un alto puesto que nadie osó disputarle y desde el cual derramó sin parsimonia, el vasto caudal de los conocimientos con que durante treinta años, nutrió el cerebro de sus incontables discípulos".

Creo que lo anteriormente citado, pone de resalto la amplia labor reformadora, experimental y docente realizada en nuestros anales por el ilustre hijo de Trujillo y la cual ha sido expuesta con elegantes rasgos por el doctor Ambrosio Perera en su erudita "Historia de la Medicina en Venezuela", síntesis magnífica, que no ha sido tejida con engoladas frases sino con hechos, que son la más elevada autoridad en materia de sanación: "Es necesario decir —puntualiza Perera— que tocó a José Gregorio Hernández la gloria, no sólo de haber sido el que implantó en la Universidad de Caracas y por ende en la Venezuela Científica los principios de la gran revolución pasteuriana, sino también el que con la fundación de la Cátedra de Fisiología Experimental, cuyo mérito le es universalmente reconocido, impuso en la docencia universitaria las doctrinas y métodos con que Claudio Bernard había hecho progresar la ciencia de Esculapio. De allí que el ilustre doctor Carbonell, tan opuesto a la filosofía cristiana del doctor Hernández, haya escrito, que a éste "a justo título convendría calificarlo de **Claudio Bernard Venezolano.**" Nueva vida se injerta en la vieja escuela médica de Venezuela y la actividad, el optimismo y el amor al esfuerzo propios de todo movimiento revolucionario cualquiera que sea su naturaleza, se empieza a sentir no sólo en el medio universitario sino igualmente en el ejercicio profesional desde que el doctor Hernández al regresar de Europa, se hizo en la Cátedra, en el libro, al lado del enfermo, en las juntas médicas, en las conversaciones privadas y donde quiera que su palabra o su acción pudiesen llegar, el **adalid nacional** de las ciencias que en el Viejo Continente habían cambiado de modo trascendental la táctica en la lucha eterna contra el dolor físico y la muerte". Y el afamado pediatra doctor Pastor Oropeza, Orador de Orden en el VI Congreso Venezolano de Ciencias Médicas, proclamó sin titubeos, que "Hernández en 1891, inauguró las bases científicas de la Medicina actual, al sustituir el libro y la lección de memoria por el laboratorio, que con la Bacteriología e Histología muestra al médico el mundo de lo pequeño y en el Gabinete de Fisiología la maravilla de la función orgánica".

Con igual elevación y equidad se expresó en el "Segundo Congreso Venezolano de Cirugía" celebrado en Maracaibo, el doctor Joaquín Mármol Luzardo, Rector entonces de la Universidad de Los Andes y Profesor de Clínica Quirúrgica del

mismo Instituto, en su carácter de Relator de la Ponencia sobre "Organización de los estudios médicos en Venezuela": Permitaseme "citar por último —dijo el doctor Mármol Luzzardo— revestido del más celoso sentido de ecuanimidad, para fines del siglo pasado, la diamantina época del sabio y santo médico doctor José Gregorio Hernández, a quien se deben sin discusión ni ambages, las bases de la Escuela Investigadora Venezolana; digno exponente de la era pasteriana, fué Hernández gestor y propulsor de la Bacteriología entre nosotros; hizo conocer y hasta llegó a hacer una mística del valor que se le debe dar a la objetivación y sistematización científica". Y añadió más adelante: "En la última década de la anterior centuria, con los sabios y nobles conceptos emanados de las Cátedras de Bacteriología y Fisiología Experimental regentadas por el doctor José Gregorio Hernández, los cirujanos de la época quienes actuaban solamente a través de las directrices listerianas en materia de antisepsia, se impresionan con los conceptos pasterianos tan bien enfocados y difundidos por el Sabio Maestro Nacional, y comienzan a practicar la asepsia en los actos quirúrgicos con la cual se le da un impulso a la Cirugía hasta entonces desconocido".

Según se observa la obra **revolucionaria** del sabio de Isnotú se extendió a todos los sectores de la Medicina Nacional, y si en las páginas anteriores he preferido citar las opiniones de aquellos individuos que han descollado por una eminente figuración en nuestros anales, ha sido con el fin de darle un carácter impersonal y objetivo a mi disertación; pues como las adquisiciones logradas por José Gregorio Hernández durante los años de su actuación civilizadora, son absolutamente indiscutibles y están a la vista de todo hombre de criterio imparcial no empañado por ciegos sectarismos, resultan inútiles los ditirambos y abalorios palabrerros con que se procura algunas veces ocultar entre nosotros cualquiera zurda habilidad en los menesteres de la Historia. Así por ejemplo: un escritor honesto, como lo es sin duda el doctor Ricardo Archila, ciñéndose estrictamente a los dictados de la realidad histórica, afirma en la página 50 de su interesante **Biografía del Doctor Luis Razetti**: "Según lo vimos en el capítulo primero, circunstancias adversas amenazaron con ahogar la obra inmortal del Padre de la Medicina Nacional. En ese periodo **luctuoso**, poco propicio a las iniciativas civilizadoras, quedaron sin embargo,

sosteniendo aisladamente la antorcha de Palas, los nombres de Elías Acosta, Guillermo Michelena, Manuel Porras, Calixto González, Nicanor Guardia, padre, José Manuel de los Ríos, Alejandro Frías Sucre, Vicente Marcano, etc., hasta el 6 de noviembre de 1891, en el que José Gregorio Hernández, echó las bases, abrió el ciclo del resurgimiento científico definitivo de la Medicina vernácula, al fundar en esa fecha en nuestra Universidad Central, los estudios experimentales de Bacteriología y Fisiología. Este fué el principio, al que siguieron todas las reformas de que disfrutamos hoy".

Como emblema blasonado del Magisterio Venezolano —en frase de Carbonell— cambió Hernández de manera radical y definitiva los programas anquilosados de una pedagogía médica arcaica, por el dinamismo bullente y experimental de la ciencia contemporánea y su opulenta cosecha científica desde 1891 hasta la víspera de su muerte acaecida el 29 de junio de 1919, puede resumirse muy apretadamente de esta manera: "Reformó nuestros estudios médicos que al tenor de los documentos oficiales de la época, se encontraban en estado de lamentable atraso y eran fundamentalmente teóricos. Trajo al país las ciencias que son la base de la Biología y modernizó la Medicina Nacional purificando su ambiente "del dejó de rutinero empirismo que aún la obscurecía". Mostró el primer gran microscopio y enseñó su manejo, sus empleos e importancia para el conocimiento de las enfermedades tropicales, siendo el verdadero **Precursor** de los estudios laboratoristas en Venezuela. Dió a conocer la teoría celular de Virchow, la estructura de la célula, de los tejidos orgánicos, y estudió **por primera vez** entre nosotros, los procesos embriológicos. Coloreó y cultivó microbios **por primera vez** en Venezuela y creó la parte científica de la Etiología de las infecciones vernáculas. Practicó las primeras vivisecciones y fundó con ellas nuestra **Medicina Experimental**. Con el uso del **Autoclave**, aclimató en el medio nacional las técnicas revolucionarias de la Asepsia moderna. Inició la investigación biológica autóctona con sus trabajos en el Laboratorio que trajo el año de 1891, "copia exacta del mismo Laboratorio de la Facultad de Medicina de París"; y donde practicó las primeras numeraciones globulares, hizo los primeros estudios hematológicos de la gran endemia nacional: el Paludismo; dosó la urea urinaria **por vez primera** en este clima, y al comparar los resultados obtenidos

con los que aprendió en libros y adquirió en las escuelas europeas, señaló amplios horizontes a la voluntad y espíritu observador de los futuros sabios venezolanos. Comprobó en Caracas (según lo atestigua el doctor F. Arreaza Calatrava en su Tesis doctoral) la presencia del *bacillus pestis* de **Kitasato y Yersín**, en pacientes atacados de Peste bubónica, luego que Rangel señaló la aparición de esta epidemia en La Guaira. Fué el primero que indagó en Venezuela conforme a disciplinas rigurosamente experimentales, las lesiones anatomo-patológicas de la fiebre amarilla y estudió como Director del Laboratorio del Hospital Vargas la nefritis de esa misma enfermedad. Exploró la histología patológica de la Pulmonía. Relacionó los bacilos de Koch y Hansen por ser ácidos resistentes y aplicó por vez primera en el mundo científico, el aceite de Chaulmoogra en la Tuberculosis humana. Cuando aquí se hablaba muy poco todavía de la Bilharziosis y hasta era negada su presencia en nuestro cuadro nosográfico, por los representantes del país en Conferencias Sanitarias internacionales: José Gregorio Hernández escribe un trabajo sobre este flagelo, que fué “el primer grito de alarma por la frecuencia de la tremenda infección entre nosotros”; y excita a sus discípulos a estudiarlo, porque “la Bilharziosis —dice— está más extendida en Venezuela de lo que se supone”. Por insistencia suya, encuentra Benchetrit, la primera vez en Venezuela, después de muchos fracasos, los vermes adultos de la enfermedad, machos y hembras aislados o en cópula en un sujeto autopsiado por él, en el Hospital Vargas. Después de un estudio minucioso de los huevos hallados en las heces de sus enfermos, deduce Hernández que “el parásito de la Bilharziosis en nuestro país, pertenece a la variedad de **Bilharzia hemato-bia** denominada **Schistosomum Mansoni** o a otra muy próxima a ésta que podríamos llamar **Schistosomum americanum**”, coincidiendo en esta denominación con la expresada casi al mismo tiempo por Pirajá Da Silva, en el Brasil. Gran profesor universitario, usó en la enseñanza recursos y métodos antes no empleados aquí “hasta que la muerte lo sorprendió en plena actividad profesional”. Como biólogo de su siglo, en frases elocuentes del autor de “Venezuela Heroica”: enseñó a la juventud estudiosa de su patria a evitar las abstracciones puramente imaginativas y la acostumbró a la verdadera y fecunda interpretación de los misterios de la vida. Abrió la “ansiada

era de luz en la Escuela de Medicina de Caracas". Con las nuevas técnicas de laboratorio hizo circular el soplo del progreso por los claustros de la vieja casona de San Francisco y aplicando estas técnicas al examen clínico de sus enfermos realizó los primeros diagnósticos científicos en nuestro medio. Difusor "de la moderna ciencia médica, trajo de Europa un tesoro de experiencia técnica y clínica sólo comparable con el que a principios del pasado siglo importó el eximio José María Vargas, e introdujo al campo de nuestra Medicina un radiante foco que iluminó muchos ángulos sombríos de la práctica profesional". Aleccionó en la experimentación a su gran discípulo Rafael Rangel, fundador de la Parasitología Nacional y cuyas preparaciones de tejido nervioso no eran superadas, en opinión de Dominici, por las del propio Ramón y Cajal; y en fin, al decir del doctor V. M. Ovalles, erudito y bien documentado historiador científico, José Gregorio Hernández es el "**Fundador de la primera Cátedra de Bacteriología en América**".

La Asamblea Nacional Constituyente, presidida por la inagotable vena lírica de nuestro gran poeta Andrés Eloy Blanco, en Sesión del 31 de mayo de 1947, dió el nombre de José Gregorio Hernández al **Instituto de Medicina Experimental** de Caracas, y ordenó la erección en su edificio del busto del Maestro, como un homenaje de justicia histórica al fundador en Venezuela de esa importantísima rama de la Medicina Científica Moderna. Ya el 7 de febrero de 1947 la Academia Nacional de Medicina había "acogido con calor la idea de bautizar el Instituto de Medicina Experimental con el nombre del ilustre sabio doctor José Gregorio Hernández"; idea que fué aprobada **unánimemente** por el Consejo Universitario presidido a la sazón por el Rector Julio de Armas, el 18 de enero de 1949 y en última instancia por el Ministro de Educación Nacional, con fecha 14 de mayo de ese mismo año.

Por su carácter, "por su saber —sintetiza la pluma luminosa del ilustre pedagogo J. M. Núñez Ponte— por sus ejemplos, por sus virtudes, por la índole de sus investigaciones, por su posición cristiana, por su actuación entera en el proceso evolutivo de la Medicina Nacional, se puede titular a Hernández el **Pasteur de Venezuela** que, con clarísima visión y basado en los hechos, trajo, no pauplatinamente sino casi de súbito el progreso científico, mediante el triple poder de un equilibrio

mental observador, de un genio adivinante, de una mano activa y ejecutora".

Esto en lo que ataña al reformador, profesor, biólogo e investigador científico; pues Hernández fué además, un clínico eximio, muy elogiado por el doctor Manuel A. Fonseca, quien en prolíjo estudio lo considera como el **genuino representante de la ciencia venezolana contemporánea**"; también por el doctor Dominici en su hermosa y sentida "Elegía", donde observa: "Los viejos médicos discípulos y sucesores de Vargas, fueron los primeros en llamarle a la cabecera del enfermo, en consultarlo sin celos ni orgullo y en atender a sus indicaciones. En breve tiempo confiaronle los antiguos maestros sus pacientes, contribuyendo así a que se adueñase de la más extensa clientela que haya tenido **médico alguno** entre nosotros. No creo exagerar si asiento que los primeros diagnósticos científicos hechos en Caracas —vale decir en Venezuela— fueron los suyos. Sus aciertos, obra exclusiva de su ciencia, diéronle en todas las clases sociales una **autoridad médica** que no se discutía. Repitióse con él lo **ocurrido con Vargas**, el padre y fundador de nuestros estudios médicos, que llegó a ser el ídolo de cuantos sufrián en Venezuela y fuera de Venezuela". Y la péñola de Razetti trazó, cabe la tumba del padre de nuestra Bacteriología, este retrato sugerente: "Fué médico científico al estilo moderno, **investigador penetrante** en el laboratorio y **clínico experto** a la cabecera del enfermo; sabía manejar el microscopio y la probeta, pero también sabía dominar la muerte y vencerla. Fué médico profesional al estilo antiguo: creía que la Medicina era un sacerdocio, el sacerdocio del dolor humano, y siempre tuvo una sonrisa desdeñosa para la envidia y una caritativa tolerancia para el error ajeno. Fundó su reputación sobre el incombustible pedestal de su ciencia, de su pericia, de su **honradez** y de su **infinita abnegación**. Por eso su prestigio social no tuvo límites, y su muerte es una catástrofe para la Patria... Mañana cuando tras el incendio de la aurora surja de nuevo el sol, sobre la policromía de las flores, en un ambiente pleno de luz, los ojos espirituales de las presentes y futuras generaciones, verán escrito, con el polvo de oro de los espacios siderales este nombre: **José Gregorio Hernández**". (16). Debe en fin considerarse al doctor

(16) (Discurso en el Cementerio).

Hernández como a uno de los grandes precursores de nuestra Asistencia Social moderna; pues, fuera de crear con la Bacteriología y el uso del autoclave el basamento de nuestra Profilaxia y Epidemiología, se convirtió a su vez durante épocas de gran penuria y de convulsiones anárquicas, en el padre y benefactor de las clases menesterosas del país, secreta providencia del obrero infeliz y su familia abandonados por una política enana, y sin atisbos al futuro cargado de ingentes problemas colectivos.

Después de corta permanencia en Europa reasumió por entusiasta aclamación de la juventud universitaria el 17 de mayo de 1909 sus funciones como Profesor de las cátedras de Bacteriología, Histología y Fisiología Experimental, ocupando automáticamente el cargo de Bacterólogo de nuestra primera Comisión de Higiene Pública, embrión del actual Ministerio de Sanidad y Asistencia Social; y el 23 del mismo mes descubrió la presencia del bacilo de Yersin en los roedores de Caracas, confirmando además bacteriológicamente el diagnóstico de Peste Bubónica en un vecino del Callejón de Las Mercedes, Parroquia de Altamira. Y, si bien es cierto que en su juventud se ejercitó con lucimiento en Cirugía, practicando **por primera vez** en Venezuela la curación radical del **pié zambó**, y al decir de sus más antiguos discípulos reveló en los albores de su obra profesional y docente, extensos conocimientos teóricos y prácticos de Obstetricia; fué al cultivo de la Clínica médica que dedicó ulteriormente sus desvelos, y en el diurno ejercicio de una munificencia evangélica, logró el halo de apóstol de la caridad, con que su figura legendaria quedó esculpida en el mármol de las tradiciones nacionales. Su exquisita sensibilidad ante el dolor humano, lo llevó a fundar también entre nosotros, “**el cepillo de beneficencia**”, tan acorde con el orgullo puntilloso del venezolano; pues al depositar el obrero lo que podía como pago de la consulta, no se consideraba humillado, sino creía resarcir con el producto de su trabajo, la sabia labor facultativa.

Entre múltiples manifestaciones del doctor Francisco A. Ríquez merece particular atención la siguiente: “El doctor Hernández, al mismo tiempo de recibir la borla, se **impuso** a los altos gobernantes como el Profesor en germen, sólo nece-

sitado de ambiente para iniciar la ansiada era de luz en la Escuela de Medicina de Caracas". (17).

Y el doctor Manuel A. Fonseca, escribe: "Sociólogo avanzado, advirtió desde luego Hernández que la Fisiología era la ciencia del porvenir, la cual ayudada por la experimentación en el animal vivo, pasaría por sus conquistas y daría la clave de muchos enigmas que la Anatomía pura era impotente para revelar en la mesa de la necropsia. Cuanto digo lo acreditan los extensos trabajos de Laboratorio a que dió remate; y lo pregonan sus innumerables discípulos, hasta el punto de que no es aventurado expresar que basta para su eminente notoriedad, el título de "**Fundador de los Estudios de Fisiología Experimental en Venezuela**". (18).

"¿Será pues, escaso el haber de Hernández?", inquiere el doctor Núñez Ponte. "¿No valdrá gran cosa la misión de haber, con la introducción de la Biología Experimental, purificado el ambiente de nuestra Medicina del dejo de rutinero empirismo que aún la obscurecía, encauzándola por caminos muy otros y más varios? ¿Ni valdrá tampoco haberles dado impulso pujantísimo a los anhelos de la sedienta juventud, de la cual se podría formar toda una legión, colocando a la cabeza un Rafael Rangel, tan acucioso, tan original cuanto tristemente malogrado?" En realidad: Rangel fué un fruto bien jugoso por cierto, de la nueva escuela de **Medicina Experimental**, creada por el sabio de Isnotú, pero al nombre del hijo ilustre de Betijoque, deben juntarse también los de otros notables discípulos de Hernández, como Alberto J. Fernández, Preparador por más de cuatro años de los trabajos prácticos en las clases de Bacteriología, Parasitología e Histología de la Universidad Central y primer Director de la División de Malariología en el Ministerio de Sanidad. Idénticas funciones a través de cinco años sucesivos las ejerció con su habitual dedicación nuestro destacado Leprólogo el Dr. Martín Vegas, el cual, lo mismo que Rafael Pino Pou, Romero Sierra, Rafael González Rincones, Inocente Carvallo, Carlos J. Bello, Francisco Mendoza, Jesús R. Risquez, Domingo Luciani, Enrique Tejera, sobre cuya vida —según propia confesión— ejerció Hernández una influencia

(17) Cultura Venezolana N°. 8. Julio-Agosto 1919.

(18) Cultura Venezolana N°. 8. 1919.

decisiva al inclinarlo hacia la investigación científica; Rafael Ernesto López, A. Benchetrit, Francisco Torrealba, que por la comarca de los Llanos representa un factor de tesonera investigación, y toda una cohorte de técnicos renombrados, se forjaron en la atmósfera apacible del laboratorio y bajo la sabia tutela del insuperable Maestro, "que tuvo la gran gloria —lo confirmó Razetti— de fundar en la Universidad de Caracas, los estudios experimentales de Bacteriología, Histología y Fisiología, ciencias que profesó con singular competencia y rarísima consagración".

Al celebrarse el quincuagésimo aniversario de la fundación de las cátedras de Clínica en el Hospital Vargas, escribió justicieramente en la "Gaceta Médica de Caracas", el eminente investigador, mi recordado condiscípulo Eudoro González: "La enseñanza clínica organizada en esta forma venía a complementar la reforma de los estudios médicos ya iniciada en 1891, con la creación e instalación de la Cátedra de Histología Normal, Bacteriología y Fisiología Experimental por el doctor José Gregorio Hernández, sabio maestro enviado a Francia y Alemania por el Gobierno del doctor Rojas Paúl, donde adquirió, gracias a su preparación científica, honradez y disciplina, todo el caudal de conocimientos que le sirvieron para establecer en Venezuela una obra efectiva y perdurable que será siempre admirada por nuestras generaciones de médicos, bacteriólogos, parasitólogos, clínicos y discípulos de su brillante escuela".

Por último, con motivo de la remembranza cincuentenaria de la instalación de la Academia Nacional de Medicina, mi ilustrado colega el Dr. Alfredo Borjas, en su notable Discurso de Orden, resumió elocuentemente las trascendentales innovaciones introducidas por Hernández en el programa de nuestra docencia médica, con estos felices rasgos: "El año de 1891 quedan establecidos los estudios experimentales en la Universidad, al crearse las Cátedras de Bacteriología, Histología y Fisiología Experimental dotadas de un buen laboratorio y dirigidas por el doctor José Gregorio Hernández, que ya comenzaba a rodearse de un admirativo prestigio de sabio y apóstol, iniciándose así una nueva era en la Medicina venezolana, la era de los estudios prácticos y las investigaciones científicas de laboratorio, que de tanta importancia han sido luego para

el progreso y el esclarecimiento de los problemas de nuestra Patología". Y si a todo ello agregamos la estupenda labor que como filántropo y clínico sobresaliente, realizó durante años de infatigable esfuerzo, nos daremos cuenta cabal, de lo que José Gregorio Hernández representa en la evolución cultural de la República. Conquistó en efecto, el amor y la veneración de sus conciudadanos con dos emblemas civilizadores: la cruz de Cristo y el microscopio de Pasteur.

Tal vez resulte pertinente señalar aquí el parentesco de José Gregorio Hernández con otro ilustre hombre de letras: el Religioso Miguel Febres Cordero, nativo de Cuenca, en el Ecuador y perteneciente a los Hermanos de las Escuelas Cristianas; el cual realizó dentro de aquella República y en varias casas extranjeras de su Instituto, una misión ejemplar, un gran apostolado de la Enseñanza y se atrajo la reverencia general. Además de pedagogo distinguidísimo, fué literato notable, académico de la Lengua y gloria legítima de la mencionada Congregación. Sus ascendientes eran de origen venezolano y su connotación con la familia Hernández es la siguiente: José Gregorio Hernández de Yanguas y Mendoza, pariente de Don Cristóbal de Mendoza, casó con Doña María de la Cruz de Febres Cordero, bisabuelos paternos del doctor Hernández; y esta Doña María de la Cruz era hermana del abuelo del Religioso que nos ocupa, Don Joaquín, quien se ausentó en los días de la Gran Colombia para el Ecuador junto con su hermano Esteban Febres Cordero, primer doctor en Derecho Civil que dió la Universidad de Mérida y primer Ministro del General Flores en 1830. Por iguales vínculos era también José Gregorio Hernández, deudo del insigne escritor Don Túlio Febres Cordero.

Aguarda "todavía el doctor Hernández —sugiere la pluma ilustre de Eduardo Carreño— la albura del mármol o la perennidad del bronce, que perpetúen su recuerdo, porque este íntegro venezolano es acreedor a toda suerte de póstumos homenajes".

Ciencia y Caridad fueron, en efecto, la sola norma de su labor sin tregua, a través de un largo y doloroso periodo de la existencia nacional.



## II

### **ILUSTRE PRECURSOR DE LA SANIDAD Y ASISTENCIA SOCIAL EN VENEZUELA**

El Ministerio de Sanidad y Asistencia Social celebró el presente año con justificado júbilo, veinte y cinco años de meritoria y proficia labor; pero tanto él como su predecesor inmediato el Ministerio de Salubridad y de Agricultura y Cria, fundado en agosto de 1930, y cuyo primer titular fué mi apreciado amigo y compañero el Doctor H. Toledo Trujillo, no surgieron cual podría creerse, en nuestro ambiente oficial, por una suerte de generación espontánea, sino que su aparición va intimamente unida a la evolución accidentada y gloriosa a un tiempo mismo de los estudios médicos entre nosotros. Esta circunstancia me induce a refrescar algunos conceptos aún poco conocidos y relativos a los orígenes de la Medicina Social en Venezuela; admitido el hecho histórico evidente de que su progreso durante las últimas décadas, inútil de encomiar, fué no obstante resultado lógico de la transformación económica y estabilidad política que administraciones previsoras y el fabuloso ingreso de millones de bolívares que constituye para el fisco nacional la renta petrolera, han dado al país en la posterior etapa de su vida republicana.

Es de advertir, sin embargo, que tampoco fué muy rápido este avance en naciones más viejas que la nuestra, de cultura multisecular y de una tradición de orden y regularidad administrativa que dejaban bien atrás la vocinglería bochinchera de la Venezuela de fines de la pasada centuria y comienzos de

la actual, cuando las tendencias disgregativas del cuerpo social eran contenidas apenas por la mano ruda y hasta despiadada de caciques montaraces. Así por ejemplo: en Francia, fué el profesor Calmette quien en 1901 inauguró el Servicio Social con enfermeras visitadoras encargadas de vigilar a domicilio el tratamiento a que eran sometidos los pacientes en la ciudad de Lille, por los médicos del Dispensario Emilio Roux. En 1902, María Juana Bassot y Matilde Girard abrieron la primera **Residencia Social** según el modelo de los **Settlements americanos**, y el doctor Grancher creó un servicio de visitadoras para la prevención de la tuberculosis. Por último, sólo en 1917, inició la Cruz Roja americana en El Havre y otras grandes ciudades francesas afectadas por las miserias de la guerra, las primeras visitas a domicilio con un personal técnico eficiente.

Estos hechos nos permiten apreciar, desde luego por analogía, las dificultades casi insuperables con que los médicos de nuestra vieja escuela tropezaron para darle a su profesión aquel carácter sacerdotal y de real apostolado que, a manera de título de honor, llevaron con orgullo a todo lo largo de su benemérita actividad ciudadana; y es en tal virtud, que por simple concatenación de ideas y dejándome guiar por un sentimiento de equidad histórica, me propongo resumir hoy de manera objetiva y escueta o limpia de inútiles abalorios, la enorme influencia que en la formación de nuestra conciencia médico-social, tuvo el progenitor ilustre de la **Medicina Experimental** en Venezuela.

En efecto; ya en 1891 a su regreso de Europa, donde fué a solicitar, en **misión oficial**, aquellas ramas de la Biología indispensables para la reforma más trascendental y beneficiosa a que hayan sido sometidos nuestros estudios médicos desde la época de Vargas, y sobre todo con la ayuda de la Bacteriología, el cultivo y coloración de los microbios y con la introducción de técnicas nuevas y de nociones fundamentales en los conceptos etiopatogénicos, logró José Gregorio Hernández echar bases muy sólidas que, en un medio inestable, paupérrimo y socavado por la demagogia anárquica, permitieron erigir más tarde el nuevo edificio de la **Higiene**, la **Profilaxia** y la **Epidemiología**; conquistas aquellas logradas por el sabio de Isnotú que fueron de primer orden y cuya influencia en el nacimiento y desarrollo de nuestra Asistencia Social apenas

si deba punualizarse, ya que sin ellas las futuras autoridades sanitarias, en caso de epidemias y otros flagelos, se hubieran limitado a redactar en una suerte de balbuceo pueril, tal como había ocurrido hasta entonces, ordenanzas rudimentarias, empíricas o desprovistas de precisión científica. Y ¿cómo combatir a un enemigo cuando su naturaleza se desconoce en absoluto, cuyos medios de trasmisión están rodeados de misterio y se ignora además la fuente que da fuerza letal a sus acometidas? Por ello, conocedor de tales lagunas, inició el doctor Hernández, al alborear ese agrio período histórico, una acción social intensa y, lejos de encerrarse en la paz del trabajo científico o en la tranquilidad egoista de sus indagaciones y sus libros, apareó con la investigación experimental en el laboratorio, el gesto apostólico del médico práctico y su enorme gestión como filántropo.

En su carácter de profesor de Bacteriología y Fisiología Experimental, formó parte de nuestra primera **Comisión de Higiene Pública**, lo mismo que del **Consejo Superior de Higiene y Salubridad Pública** que la reemplazó más tarde y los cuales deben ser considerados en nuestros fastos, como el **embrión** de la Oficina de Sanidad Nacional creada el 13 de noviembre de 1911, y del actual Ministerio de Sanidad y Asistencia Social, pues de acuerdo con el correspondiente Decreto Ejecutivo “eran cuerpos consultivos y técnicos encargados de estudiar científicamente las cuestiones de higiene y salubridad pública, y legislar sobre todas aquellas materias que le fueran sometidas por el Gobierno Nacional”; y si es cierto que en épocas anteriores se había mostrado alguna preocupación por los problemas de salud pública, no lo es menos que hasta la aparición de los citados institutos se carecía en Venezuela de una organización sanitaria técnica o científica del país. Fueron ellos los que hicieron frente, entre otros azotes, a la peste bubónica, y tocó justamente a José Gregorio Hernández, como su bacteriólogo, descubrir el gérmen de la enfermedad en los primeros casos aparecidos en Caracas, una vez que Rangel señaló su presencia en La Guaira.

Venezuela, escribió con relevantes conceptos el Dr. H. Toledo Trujillo, el 17 de Diciembre de 1930 en su “Memoria sobre la Sanidad en Venezuela”, no contaba “con una legislación sanitaria que le sirviera de norma para desenvolverse favora-

blemente dentro del ambiente de higiene indispensable al progreso de toda comunidad civilizada, ni con una corporación científica preparada para velar por la salud pública con la previsión y acierto que para ello se requería. Cuando desgraciadamente aparecía en el territorio de la República alguna epidemia o cuando algún flagelo nos invadía del exterior se dictaban con más o menos acierto y buena voluntad, resoluciones especiales y se creaban Juntas o Comisiones con el fin de combatir el mal; pero éste sólo desaparecía después de haber producido numerosas víctimas y causado sensibles trastornos económicos; mas al considerarse eliminado el peligro, aquellas resoluciones caían en desuso y las corporaciones encargadas de velar por ellas se disolvían a su vez. Tal estado de improvisación hacia palpable la necesidad imperiosa de elaborar una adecuada legislación sanitaria y de crear un organismo estable encargado de su aplicación. **La Comisión de Higiene Pública** formula un verdadero plan de higiene y salubridad públicas. Esta corporación científica realizó una labor digna del mayor encomio, pues elaboró una importantísima legislación sanitaria, que sirvió de base para el futuro".

El doctor José Gregorio Hernández, Bacteriólogo de la **Comisión** y teniendo como Preparador al entonces Bachiller Juan Pujou, descubrió el 22 de Mayo de 1909, la presencia del bacilo de Yersin en los roedores de Caracas y al mismo tiempo confirmó el diagnóstico de Peste Bubónica en un vecino del Callejón de las Mercedes, Parroquia de Altamira, lo que fué la primera corroboración bacteriológica de la presencia de dicha enfermedad en la Capital. Además, en este mismo año introdujo mejoras en el Laboratorio de Bacteriología, Histología y Fisiología Experimental, que desde su fundación por Hernández en 1891 había sido descuidado por el Gobierno Nacional y no recibía —dice el Ministro de Instrucción Pública de la época— "la atención que por su importancia merece; y ello es tanto más de sentirse cuanto que como generalmente se reconoce, los estudios médicos de nuestra Universidad Central, están a la cabeza del movimiento científico del país". Es de advertir, que en tiempos tumultuarios y de guerra civil, Hernández sin ninguna remuneración oficial, sostenía de su peculio los gastos del Laboratorio y con abnegación ejemplar, continuaba iniciando a la juventud en los misterios biológicos, mientras afuera los espíritus se quemaban en la llama de los

odios sectarios y disipaban en locas aventuras, el acervo heroico de la raza.

El 19 de Septiembre de 1912, como ha sido consignado en anteriores páginas, y en memorial dirigido al Presidente de la República, le sugirió Hernández la creación de un Instituto de Bacteriología y Parasitología “que abrirá una era de progreso en los estudios médicos entre nosotros; permitirá hacer el estudio completo de nuestras enfermedades tropicales y será de gran utilidad para el Saneamiento de la República. En todas las capitales Suramericanas existe este Instituto; solamente Caracas carece de él. Mas por ser ésta una obra indispensable en todo país **civilizado**, tarde o temprano habrá que fundarlo aquí también, y de ninguna manera debe Usted permitir, Señor Presidente, que un Gobierno posterior le quite la purísima gloria de haber sido su Fundador en Venezuela”. Y, la actividad científica y profesional del Bacteriólogo de la **Comisión de Higiene Pública** fué de tal manera ingente que, dice Dominici, “le valió en todas las clases sociales una autoridad médica que nadie discutía”; fuera de que como aplicación práctica de sus lecciones en la cátedra, cual se ve en sus **Elementos de Bacteriología** y pudieron oírlo de labios de Rafael Rangel cuantos frecuentaban el Laboratorio del Hospital Vargas, efectuaba el doctor Hernández, con fines docentes a partir de 1896, en pacientes de su clientela privada, la Sero-Reacción de Widal, uniendo sus esfuerzos a los de otros meritorios maestros en la discriminación etiológica de “**Las Fiebres de Caracas**”. El memorable 6 de noviembre de 1891, “echó en suma las bases y abrió el ciclo del resurgimiento científico definitivo de la Medicina Nacional”.

Conviene en este mismo orden de ideas recordar además que correspondió al sabio trujillano, entre otros títulos eximios, la gloria de crear en Venezuela, y en opinión del eruditísimo escritor Víctor M. Ovalles, en la América española la **primera cátedra de Bacteriología**, adaptando el uso del laboratorio a los menesteres de la clínica, y realizando así, lo anota también Dominici, los **primeros diagnósticos científicos** en el medio vernáculo; con la circunstancia de que sin la ayuda prodigiosa del moderno microscopio ni de un gabinete tan bien provisto como ése, cuya aparición fué calificada por su propio fundador de “**gran acontecimiento** para nuestro país, puesto que se en-

cuentra a la altura de los más adelantados del mundo científico y es copia exacta del mismo Laboratorio de la Facultad de Medicina de París"; y sin las otras adquisiciones importantes por Hernández, jamás hubiera sido posible en el medio tropical indagar la naturaleza de las causas, el mecanismo patogénico y menos aún las lesiones específicas de nuestras entidades morbosas, basamentos, indispensables de la Higiene Pública y de la Profilaxia Social.

De lo anteriormente expuesto se deduce, sin mayor esfuerzo analítico, la gran acción reformadora ejercida por José Gregorio Hernández en los anales médicos venezolanos durante tiempos tumultuarios, cuando el caos y el desorden se adueñaron del país, explotado por un feudalismo de régulos ignaros, en el que los escasos recursos del erario público eran engullidos por un peculado insaciable o desaparecían en el turbión de la guerra civil; mas no obstante ser un consumado técnico de laboratorio formado y elogiado por Mathias Duval, el creador de la Embriología en Francia y la más alta personalidad de su época en la Escuela Médica de París, no se encerró Hernández, según queda dicho, en el ambiente de su cátedra o en el silencio apacible de la investigación científica pura, ni enemigo como era de las estridencias publicitarias, se limitó tampoco a la divulgación efímera y volandera de las últimas conquistas logradas por sabios de allende los mares; sino procuró aportar sus grandes facultades y conocimientos a la solución de los múltiples problemas médico-asistenciales de una colectividad incipiente, desgarrada por banderías fraticidas, víctima de los voraces apetitos de caudillos bárbaros o de letrados venales, y cuyas clases directoras no lograban resolver en suma, las cuestiones que surgían diariamente en el campo de Agramante de la discordia nacional.

El Dr. Hernández conocía mejor que nadie las lacras y miserias de su pueblo con las que de años atrás venía rozándose en una incansable labor de filantropía, y convencido de que el progreso que había iniciado con las nuevas disciplinas en la Universidad y en el terreno profesional, debía para ser eficaz, marchar al unísono con medidas de orden social que le insuflaran calor y vida al depauperado organismo de la nación, se lanzó a la calle para llevar, guiado por las consignas del más auténtico cristianismo y con todo el desinterés y ardor

de un patriota, junto con los cimientos de la higiene individual y colectiva, alivio a tantos males seculares, sosiego a tantas almas en zozobra. Por este otro aspecto debe considerársele también como uno de los grandes propulsores de nuestra Asistencia Social moderna; verdadera providencia durante esa sombría etapa de la República, del obrero infeliz y su familia abandonados en su miseria e ignorancia por una política enana y sin atisbos al futuro cargado de ingentes y amenazadores problemas colectivos.

Lo vemos triunfar en todas sus actividades, anota el notable oculista Doctor Rafael Núñez Isava, quien figura entre sus más destacados discípulos, "porque lo estimuló su amor intenso y sin flaquezas a cuanto se consagraba. En la Cátedra fundó escuela de Medicina Experimental, que ha continuado su labor docente, y la cual vive y vivirá siempre. En su acción social lo guió también el amor que hizo de él un Taumaturgo. Tenía la visión intuitiva del predestinado, la abnegación, la bondad del Apóstol y un profundo sentido humano; una irradación espiritual incontrastable, un dinamismo moral y físico de todos los instantes, y de su persona brotaba aquel fluido maravilloso que sosegaba las almas y curaba los cuerpos".

Volúmenes enteros serían necesarios para dar a conocer debidamente la acción ubicua y trascendente del sabio venezolano. Ejerció la más valiosa influencia colectiva que la miseria de los tiempos le permitía: la verdadera caridad cristiana con los menesterosos, convirtiéndose a la postre en su padre y benefactor. Si acude con proverbial puntualidad a las innumerables consultas de los ricos, prestándoles sus conocimientos y esmerado cuidado, nunca lo hizo llevado de un ruín mercantilismo, y a la verdad —escribe su biógrafo— "concedía liberal preferencia al pobre que humilde le llamaba y no podía ofrecerle pago, pues no tenía con qué, sobre el rico que le solicitaba instante, y cuyo bolsillo pudiera acaso deslumbrarle con el sueño de un cuantioso estipendio".

Alma sencilla, ajena a toda propensión mercenaria, deseó el enriquecimiento lícito y fácil para él en el ejercicio profesional y ofreció principalmente a los desheredados de la suerte, el fresco e inagotable manantial de una munificencia evangélica. Su puerta permaneció abierta al tímido llamado del infortunio y siempre se le vió de vanguardia en la hora

de los grandes conflictos nacionales. No pertenció "a la clase gris de los resignados: los que contemplan desgranarse ante sus ojos las humanas tragedias, cruzados los brazos. Ni indolente ni mero espectador". Por ello, en la terrible epidemia que a manera de alud se abatió sobre Venezuela el año 1918, cuando las supremas autoridades, lejos de hacer frente a la catástrofe con el vigor que la magnitud del peligro reclamaba, corrieron a encerrarse pavoridas en los antros del más sórdido egoísmo, Hernández, usando por vez primera el raudo automóvil, visitaba día y noche, sin descanso, las barriadas más pobres, distribuyendo entre los indigentes ciencia, medicinas y hasta alimentos, como apóstol señor de un naciente espíritu de solidaridad colectiva. ¡**Medicina individualista!** dirán con gesto displicente cuantos han crecido y vivido en la época corruptora y opulenta del Petróleo; pero ella era la única posible durante esa lugubre crisis de nuestra historia, y Hernández, junto con los demás médicos, sus coetáneos, la ejercieron con abnegación y desinterés, almas fundidas en el crisol de un genuino patriotismo. Fué entonces cuando entre resplandores de apoteosis e interpretando ante los despojos sangrantes del sabio el sentimiento de Venezuela entera, exclamó en la Necrópolis el doctor Luis Razetti: "José Gregorio Hernández fué médico científico al estilo moderno, **investigador penetrante en el laboratorio** y clínico experto a la cabecera del enfermo; sabía manejar el microscopio y la probeta, pero también sabía dominar la muerte y vencerla. Fué médico profesional al estilo antiguo: creía que la Medicina era un sacerdocio, el sacerdocio del dolor humano, y siempre tuvo una sonrisa desdeñosa para la envidia y una caritativa tolerancia para el error ajeno. Fundó su reputación sobre el incombustible pedestal de su **ciencia**, de su pericia, de su honradez y de su **infinita abnegación**. Por eso su prestigio social no tuvo límites, y su muerte es una catástrofe para la Patria".

Y un principe de nuestras letras, su Eminencia el Cardenal Monseñor José Humberto Quintero, escribe con inimitable elocuencia: "Al doctor Hernández le sorprendió la muerte en el instante en que realizaba un acto de caridad unido al ejercicio de la ciencia: cuando lo atropelló el automóvil que puso fin a sus días, llevaba en la mano las medicinas que momentos antes había recetado a una ancianita paupérrima y que él mismo, en vista de la penuria de aquel hogar y de la urgencia del

caso, había ido a adquirir en la vecina farmacia. Morir empuñando la espada era la ambición de los antiguos héroes. Aquellas medicinas en la mano de este héroe de la **caridad**, armado de punta en blanco por la **ciencia**, tenían en esos supremos segundos el máximo valor simbólico de una espada gloriosa".

Una austeridad inflexible lo mantuvo alejado de compendias cobardes y mañosos oportunismos, ni se mezcló jamás con la fauna tradicional y abigarrada de nuestros **Felicitadores**; de modo que muy bien podrían aplicársele los sabios apotegmas del ilustre sociólogo Don Augusto Mijares: "Resistió cuando los otros cedían; creyó cuando los otros dudaban; se reveló contra la rutina y el conformismo; se conservó puro cuando muchos se prostituían".

Durante 31 años enarbóló su conducta como una bandera. Faro de ejemplaridad ciudadana, que irradió incansable en la noche de un abyerto materialismo.

El Gobierno de la Nación y en honorífica delegación el Instituto Venezolano de los Seguros Sociales colmaron un ferviente anhelo colectivo, al prestigiar con el nombre de este gran apóstol de nuestra Medicina Social, una de sus fecundas realizaciones en el campo de la Beneficencia y del progreso efectivo de la República.



### III

#### SINOPSIS DE LA OBRA CIENTIFICA DEL DOCTOR JOSE GREGORIO HERNANDEZ

La vida y la obra de este hombre no han menester del ditirambo ni de frondosidades retóricas para perpetuarse en la memoria de los pósteros; sino debemos por el contrario al estudiarlas como lo aconseja el doctor Manuel A. Fonseca, "dominar el espíritu de leyenda y copiar del natural, perfilándolo tal cual era, sin buscar enigmas ni rompecabezas; pues, lo que constituye su excelencia y da pábulo a la general admiración, es ver, cómo asume sin ambages, las condiciones de un prototipo de bondad, que solicitó por todos los rumbos el camino de la perfección, imbuido en el espíritu de sacrificio".

Año 1888. José Gregorio Hernández, distinguidísimo estudiante universitario, que logró siempre las más altas calificaciones y había seguido además un curso de Ciencias Naturales con el sabio Adolfo Ernst, obtuvo su grado de Doctor el 29 de junio de este año en la Universidad Central; y a decir de un testigo presencial, el eminente escritor venezolano, doctor Pedro César Dominici: "La fama de ser el **primer estudiante de la Universidad**, hizo más solemne el acto, de modo que el gran Salón rebosaba ese día de estudiantes y curiosos. Hernández —quien más tarde aconsejó al Gobierno que enviase a mi hermano Santos a París, a estudiar en el Instituto Pasteur— sentado en aquella pequeña silla, turbadora y dramática para tantos, sonreía; y los cinco profesores en sus cómodas poltronas en semicírculo, frente al candidato, le inte-

rrogaban media hora cada uno, en las que el examinado podía tocar diferentes temas de los seis años del curso, entre catedráticos bastante severos como Elías Rodríguez, Calixto González, Nicanor Guardia, Manuel María Ponte, Vaamonde Blesbois, Frías, Velásquez, Cardozo, Ruiz. Pero Hernández, dejó de ser examinando para convertirse en orador y con frecuencia el diálogo se transformaba en monólogo y el discípulo peroraba a voluntad. Al finalizar, los examinadores abrazaron al nuevo colega, y el Rector le otorgó el título con estas elogiosas palabras: **Venezuela y la Medicina esperan mucho del Doctor José Gregorio Hernández**. Hubo algo anormal esa mañana, porque en general el Secretario hacia salir al público, cerrando la puerta para reabrirla y proclamar luego el resultado; pero no fué cerrada la puerta, y el Secretario Doctor Vicente Guánchez, se limitó a gritar: **"Aprobado y Sobresaliente por unanimidad"**.

Ejerce Hernández su profesión durante un año, hasta junio de 1889 en la provincia venezolana.

1889-1890. Es enviado a Europa el 31 de julio de 1889 por el Gobierno del doctor Rojas Paúl, a seguir en París y Berlín estudios especiales de Microscopia, Bacteriología, Histología Normal y Patológica y Fisiología Experimental, logrando entre otros títulos muy honrosos, un certificado donde Mathias Duval, el **creador de la Embriología en Francia**, hace constar que el Doctor Hernández, había alcanzado bajo su dirección, en cursos teóricos y prácticos de Histología y Embriología, la talla “**de un técnico que me enorgullece de haber formado**”. Emprende en la Facultad de París, un **trabajo original** sobre vacunas químicas.

1891-1892. Reforma nuestros estudios médicos que al tenor de los documentos oficiales de la época se encontraban en estado de lamentable atraso y eran fundamentalmente **teóricos**.

Trae al país las ciencias que son la base de la Biología y moderniza la Medicina Nacional, purificando su ambiente “del dejo de rutinero empirismo que aún la obscurecía”. Muestra el **primer gran microscopio** y enseña su manejo, sus empleos, su importancia para el conocimiento de las enfermedades propias del trópico. Hace conocer la teoría celular de Virchow, la estructura de la célula y de los tejidos orgánicos y estudia

por primera vez entre nosotros los procesos embriológicos. Colora y cultiva los microbios por primera vez en Venezuela y crea así la base verdaderamente científica de la **Etiología** de la mayor parte de nuestras entidades morbosas. Practica las primeras vivisecciones y funda con ellas nuestra **Medicina Experimental**. Inicia la investigación biológica autóctona con sus trabajos en el laboratorio que trajo de Europa, "copia exacta del mismo Laboratorio de la Facultad de Medicina de París". Asocia el Laboratorio a la clínica en el examen de sus enfermos y realiza los primeros diagnósticos científicos en Venezuela; fué por lo tanto el verdadero **Precursor** de los estudios laboratoristas en el País. Fué tal la transformación operada con los nuevos métodos en la enseñanza universitaria, que a decir del venerable autor de **Venezuela Heroica**, en su Memoria como Ministro de Instrucción Pública al Congreso de 1892, Hernández enseñó a la juventud estudiosa de su patria "a evitar las abstracciones puramente imaginativas y la acostumbró a la verdadera y fecunda interpretación de los misterios de la vida; siendo muestra espléndida de ello, la asiduidad con que los alumnos de todos los bienios de Medicina se agrupan en torno de la nueva cátedra, a recoger los preceptos de una verdadera enseñanza y la constancia y entusiasmo con que se dedican a estos laboriosos estudios". Importa con el Autoclave, los principios revolucionarios de la asepsia moderna.

1893. Se publica en la Gaceta Médica un resumen de sus lecciones, y al correr de las mismas —escribe Jesús Rafael Risquez— y de la aplicación práctica que hacia de ellas, el doctor Hernández se sitúa en el **nuevo campo experimental** y de aquí surge el **investigador científico**, al comparar los resultados que aprendió en libros y obtuvo en las escuelas europeas, con los que iba descubriendo en nuestro medio".

Cuando enseña a sus discípulos el cálculo en la cuadricula microscópica de un hematímetro, verifica muchas veces el recuento de los glóbulos rojos en personas en perfecto estado de salud y como conclusión expone sus ideas no sólo ante aquéllos, sino también las lleva al **Congreso Médico Panamericano** reunido este año en Washington. Porque para esa época las **obras clásicas** de Fisiología no daban ningún dato sobre la influencia que ejerce la latitud en el número de los glóbulos rojos de la sangre humana.

Además, continúa sus investigaciones sobre la urea urinaria eliminada en veinticuatro horas en los habitantes de Caracas, y la encuentra también disminuida en comparación con los datos venidos de Europa, signo de gran alcance para valorar la acción fisiológica del **hígado tropical**. El 15 de octubre de 1893, ajustándose a la estricta realidad histórica, asienta el doctor Luis Razetti en la "Gaceta Médica": "Es de justicia consignar aquí que la única cátedra bien dotada que posee la Universidad de Caracas es la de Fisiología Experimental y Bacteriología, con su buen laboratorio montado al estilo europeo. Este notable progreso lo debemos a los esfuerzos de uno de nuestros más ilustres maestros, el doctor Calixto González, quien obtuvo del Gobierno del doctor Rojas Paúl la creación de esta asignatura, y fué enviado a París a hacer estudios especiales de dichas materias, un joven de grandes méritos, el doctor José Gregorio Hernández, que hoy está al frente de la Cátedra".

1894-1896. Continúa su benéfica reforma docente y experimental. Emprende la formación técnica de **Rafael Rangel**, quien por siete años consecutivos, hasta el primero de abril de 1903, ejerció las funciones de Preparador de los trabajos prácticos de las cátedras de Bacteriología e Histología, donde "bajo la dirección personal de José Gregorio Hernández, se adiestró para la experimentación y adquirió aquella competencia que lo llevó más tarde a fundar los estudios de Parasitología Nacional"; y continuaba en el mismo cargo un año después de haber creado el Laboratorio del Hospital Vargas. El 15 de febrero de 1894, publica Hernández un notable trabajo sobre "La angina de pecho de origen palúdico" dedicado a la Facultad de Medicina de Madrid, y donde el autor hace **por primera vez en nuestro país**, el estudio histo-patológico de la sangre en enfermos víctimas del paludismo; implantando y siguiendo con todo rigor las **normas experimentales** que han dado lustre a la investigación científica autóctona, y extiende sus pesquisas a "la mayor parte de nuestros gérmenes bacterianos".

1897. Prosigue aquella ingente actividad científica y profesional que —afirma Domínguez— le valió en todas las clases sociales una autoridad médica que **nadie discutía**. Como aplicación práctica de sus lecciones, según se ve en las páginas de

Elementos de Bacteriología, y pudieron oírlo de labios de Rafael Rangel cuantos frecuentaban el Laboratorio del Hospital Vargas, efectuaba el doctor Hernández con fines docentes, a partir de 1896, en pacientes de su clientela privada, la Seroreacción de Widal; aumentando así el número de sus diagnósticos científicos, y uniendo sus esfuerzos a los de otros meritorios maestros en la discriminación etiológica de "Las Fiebres de Caracas".

1898. Somete a un examen crítico minucioso, en su Laboratorio de Bacteriología, preparaciones de sangre de caballos atacados de Peste de Apure, traídas de Calabozo por su amigo el doctor Ignacio Oropeza; y concluye que los resultados a que había llegado este investigador respecto a un supuesto "hematozoario del paludismo del caballo", se cimentaban sobre simples errores cometidos en la técnica usada para la coloración de las láminas.

Errores perfectamente excusables si se toman en consideración las deficiencias y limitaciones propias de la época y del medio en que le tocó actuar. Oropeza, por otra parte, quedó tan persuadido de la validez de los argumentos esgrimidos por un especialista como Hernández, que ni siquiera se resolvió a publicar su trabajo. Rangel, como lo declaró después, conoció sólo de oídas el estudio del Dr. Oropeza, no examinó sus láminas ni pudo opinar sobre la posibilidad de nuevos frotis y coloraciones. Tampoco fué ello motivo para ninguna desavenencia con Hernández, puesto que siguió siendo su Preparador hasta el 1º de abril de 1903, o sea un año bien largo después de haber fundado el Laboratorio del Hospital Vargas.

1899-1904. Asesora a Rangel con directivas de inestimable valor —según propia confesión de éste— para su estudio acerca de las "Teorías del sistema nervioso", que publicó el año 1901 en los "Anales de la Universidad Central", fundado sobre preparaciones que no le iban a la zaga a las del mismo Ramón y Cajal y en las cuales el discípulo realizaba la técnica histológica que con fructuoso y persistente esfuerzo había logrado asimilar durante las lecciones prácticas de Hernández. También lo dirige en sus investigaciones de Hematología Normal y Patológica, precursoras de la célebre comunicación al "Colegio de Médicos", relativa a la "Etiología de ciertas anemias graves de Venezuela". Hernández, en opinión del ilustrado

escritor Víctor M. Ovalles, "le enseñó Bacteriología e Histología a Rangel" y según el Dr. Enrique Tejera, fué quien le inculcó el método experimental "**en su diario contacto en el Laboratorio**". Constituye en 1902, junto con otros profesores universitarios el núcleo fundador del Colegio de Médicos de Venezuela; y en 1904 ocupa el Sillón N° XXVIII, como Miembro fundador de la Academia Nacional de Medicina.

1905. Con motivo de la discusión suscitada en el seno de la misma Corporación, sobre la legitimidad científica de la doctrina de la Descendencia, el escritor positivista Diego Carbonell, quien considera a Hernández como el **biólogo más ilustre** de la Escuela de Caracas, el más **sagaz** de los maestros y el más **pedagogo** de los profesores, anota: "Cuando Razetti pretendió establecer con argumentos de una dogmática científica incalificable, lo que él llamaba la legitimidad de la doctrina de la Descendencia, recibió de Hernández la respuesta más audaz, más filosófica y quizás menos dogmática desde el punto de vista de la ciencia: "Hay dos **opiniones** para explicar la aparición de los seres en el Universo: el Creacionismo y el Evolucionismo. Yo soy creacionista". Pero añadió, sin embargo, que "Las Academias no deben adoptar como principio de doctrina ninguna hipótesis, porque enseña la Historia que, al proceder de tal forma, lejos de favorecer, dificultan notablemente el adelantamiento de la ciencia". Una opinión —continúa el distinguido polígrafo— "no es una **doctrina**, diría Hernández, sino un juicio incierto que puede considerarse como más o menos probable. Razetti se abstuvo de comentar la respuesta del fisiólogo; procedió con prudencia, aunque debemos lamentar su silencio". Por lo demás, el doctor Hernández, según lo expuso categóricamente en diversas oportunidades, era un **biólogo evolucionista**, y el dictamen de la Corporación resultó, como era de esperarse, bastante moderado, dado su carácter de institución científica doctrinaria. Recibe la Medalla de Honor de la Instrucción Pública.

1906-1908. Publica "**Elementos de Bacteriología**", primer ejemplar en su género de la literatura médica venezolana, prodigo de claridad y concisión, obra eminentemente didáctica sobre la cual escribe el propio Carbonell: "Hernández ha sintetizado en este volumen sus lecciones de Bacteriología. En sus páginas sienten sus discípulos la presencia de un alma

magisterial, ya que allí está dicho cuanto el Maestro expone en su cátedra universitaria, donde sólo añade los nuevos triunfos de la ciencia. Pero a pesar de todo el texto, resulta innecesario para los cursantes, porque quien esté atento durante la hora de la lección de Hernández, no necesita consultar libros, pues el profesor sabe despertar la atención de sus discípulos y nunca ha sido narcótico para sus cerebros tropicales". Obtiene el año de 1906 su jubilación como Profesor universitario, y de nuevo es consultado por Rangel con motivo del trabajo sobre "El Carbunclo Bacteridiano en Venezuela", sometiéndose el discípulo, con humildad de sabio, a las directivas de su maestro en la solución de un problema de tan enorme trascendencia para nuestra Higiene Pública y Profilaxis Social. Al dirigirse en 1908 a la Cartuja de Farneta, escribió el doctor Luis Razetti: "La Universidad de Caracas lamenta la separación del Dr. Hernández, profesor ilustrado que tuvo la gran gloria de fundar en ella los estudios experimentales de Histología, Bacteriología y de Fisiología, ciencias que profesó con singular competencia y rarísima consagración".

1909. Descubre el 22 de mayo como miembro fundador de nuestra primera "Comisión de Higiene Pública", embrión del actual Ministerio de Sanidad y Asistencia Social, la presencia del *bacillus pestis* de Kitasato y Yersin en los primeros pacientes atacados de peste bubónica en Caracas. Dicha Comisión, de acuerdo con el correspondiente decreto Ejecutivo "era un cuerpo consultivo y técnico, encargado de estudiar científicamente las cuestiones de Higiene y Salubridad pública y legislar sobre todo aquellas materias que les fueran sometidas por el Gobierno Nacional". Y según lo expresó el Ministro del ramo el 17 de diciembre de 1930, "realizó una labor digna del mayor encomio pues elaboró una importantísima legislación sanitaria, que sirvió de base para el futuro". Introduce mejoras en el Laboratorio de Bacteriología, Histología y Fisiología Experimental, que desde su fundación por Hernández había sido descuidado por el Gobierno Nacional y "no recibía —dice el Ministro de Instrucción Pública de la época— la atención que por su importancia merece; y ello es tanto más de sentirse cuanto que como generalmente se reconoce, los estudios médicos de nuestra Universidad Central, están a la cabeza del movimiento científico del país". Es de advertir, que en tiempos tumultuarios y de guerra civil, Hernández sin

ninguna remuneración oficial, sostenía de su peculio los gastos del Laboratorio y con abnegación ejemplar, continuaba iniciando a la juventud en los misterios biológicos, mientras afuera los espíritus se quemaban en la llama de los odios sectarios y disipaban en locas aventuras, el acervo heroico de la raza. Reemplaza como Director del Laboratorio del Hospital Vargas, a su gran discípulo Rafael Rangel y mantiene con ilustrados consejos y sugerencias el impetu investigador que despertó el malogrado sabio trujillano, prolongando además con pesquisas trascendentales para la ciencia vernácula, la obra tan original y fecunda de su antiguo Preparador en el Laboratorio de la Universidad Central. Bien entendido, que un mes antes de su muerte consideraba Rangel como verdadero título de honor ofrecer sus servicios a la “Comisión de Higiene Pública” para la ejecución “de cualquier trabajo que ella se digne encomendarme **bajo la dirección** de su ilustrado bacteriólogo”; que lo era su venerado maestro, el doctor José Gregorio Hernández.

1910. Publica su estudio “De la Bilharziosis en Caracas”, que vino a ampliar y profundizar las Tesis doctorales de Víctor Raúl Soto e Inocente Carvallo, aparecidas en 1906 y 1908 respectivamente. Este trabajo de Hernández, según el doctor Santos A. Dominici, “es el primer grito de alarma por la frecuencia de la tremenda infición entre nosotros”, pues vió la luz cuando la presencia de la enfermedad en el cuadro nosográfico venezolano, era negada por los representantes del país en la 4<sup>a</sup> Conferencia Internacional reunida en Costa Rica. “Un mes y medio más tarde —informa la **Comisión de Patología Médica** de la Academia Nacional de Medicina— el doctor José Gregorio Hernández publica su estudio y asienta y demuestra la frecuencia de esta enfermedad entre nosotros”. Y el doctor L. Briceño Iragorry, Profesor de Bacteriología y Parasitología en la Universidad de Caracas, afirma que el trabajo de Hernández “fuera de llamar la atención **por primera vez** acerca de la importancia de la enfermedad en nuestro medio, lo destaca como **descubridor**, pues propone casi al mismo tiempo que Pirajá Da Silva en el Brasil, el nombre de **americanum** para la especie en cuestión, seguro de haber observado algunas diferencias con las descripciones que de los huevos se conocían entonces; y es bajo su dirección, cómo uno de sus discípulos descubre años más tarde, el vermes adulto”. Igual-

mente, estudia Hernández en el curso de este año y en el mismo Laboratorio del Hospital Vargas, "La nefritis de la fiebre amarilla".

1911. Envía al Rector de la Universidad Central, su "Informe" de 23 de febrero, según el cual "El estado del Laboratorio de Histología, Bacteriología y Fisiología Experimental a mi cargo, después de la dotación que se sirvió hacerle el Presidente de la República, es de lo más satisfactorio, de manera que los cursantes adquieran el conocimiento de las Ciencias arriba nombradas, al mismo tiempo que salen prácticos en la técnica propia de cada una de ellas. Mas como está para terminarse el nuevo local en que ha de funcionar dicho Laboratorio, manifiesto al ciudadano Rector la necesidad que tendremos en aquél, de tres mesas, un estante y dos jaulas para los animales de los experimentos, lo cual puede construirse fácilmente en la "Escuela de Artes y Oficios"; asimismo, le ruego vea si puede lograr que uno de los jóvenes de servicio de la Universidad se dedique al cuidado del Laboratorio y nos ayude durante los experimentos que se practican en el curso de la enseñanza técnica". (No se columbraba todavía entre las brumas del porvenir la era opulenta y corruptora del Petróleo!) Por insistencia suya encuentra Benchetrit, la primera vez en Venezuela, después de muchos fracasos, los vermes adultos de la Bilharzia, machos y hembras, aislados o en cópula, en la vena porta de un enfermo autopsiado por él, en el Hospital Vargas. Y el distinguido médico añora hoy, en la académica ciudad de Bogotá: "La grata memoria del inolvidable maestro doctor Hernández, a quien recuerdo todos los días con el mayor cariño, por sus admirables enseñanzas: Tuve la fortuna de ser su discípulo y pude apreciar, no sólo sus vastos conocimientos en **todas las ramas de la Medicina**, sino sus grandes dotes de **admirable pedagogo**, y sus desvelos para que sus múltiples discípulos aprovecháramos siquiera una mínima parte de lo que él se esforzaba en enseñarnos". Explora Hernández la "Histología patológica de la pulmonía"; y en Nota Oficial de este mismo año al Ministro de Instrucción Pública, el Rector de la Universidad Central doctor Alejo Zuloaga, elogia "el Informe del Doctor José Gregorio Hernández, por la sabiduría del plan que expone, adoptado por él para su Cátedra, así como por otros detalles que lo avaloran. El Doctor Hernández es el **Fundador** de la Microbiología en Venezuela; su

regularidad y consagración al servicio de su Cátedra como a **todos sus deberes** es absoluta, y bien podría aplicársele lo que Enrique Heine dijo del filósofo Kant: "No creo que el gran reloj de la Catedral haya desempeñado su tarea visible, con más exactitud que este compatriota". "Hernández, sigue diciendo el doctor Zuloaga, es una demostración viviente de cómo la ciencia y la fe, según la bella expresión de Lisandro Ruedas, pueden guardar una íntima y armoniosa correspondencia, como los rayos de un mismo foco, como los pétalos de una misma flor, como las cuerdas de una misma lira".

1912-1916. Presenta a la Academia de Medicina en colaboración con su ilustre discípulo Felipe Guevara Rojas, un "**Estudio sobre la anatomía patológica de la fiebre amarilla**", donde Hernández indaga por primera vez en Venezuela y conforme a disciplinas rigurosamente experimentales, las lesiones histo-patológicas del vómito negro. El **Informe** que sobre este estudio rindió ante la Academia, la "**Comisión de Patología Médica**", constituida por esclarecidos Profesores veteranos de nuestra **Piretología**, concluye así: "Trabajos como el de los doctores Hernández y Guevara Rojas, obras de observación y sobre todo, labor **nacional y personal**, que se aleje de la sumisión a hechos y doctrinas consagradas y huya de las cadenas del **magister dixit**, con las cuales se estrangula el pensamiento, merecen el apluso y estímulo de esta Corporación; y nosotros, los de la **Comisión de Patología Médica**, se los tributamos sin otras reservas, que las de guardar los más entusiastas para el día no lejano, según parece, en que desde la **Escuela de Caracas**, se diga al mundo científico, que fué aquí donde se descubrió la explicación anatómica y patogénica y se encontró y demostró la característica histológica del "**Tifus icterodes**". Dicho estudio es otra valiosa contribución de Hernández al esclarecimiento de un capítulo importantísimo de Patología tropical. Publica también en 1912, sus "**Elementos de Filosofía**" cuya aparición fué saludada por el doctor Arturo Ayala, Presidente de la misma Academia, con estas significativas palabras: "Preciso es convenir que nuestro benemérito colega doctor José Gregorio Hernández, posee entre otras múltiples cualidades el raro don de sorprendernos. Cuando lo suponíamos con la vista fija en el lente del microscopio para arrancarle los signos característicos de **nuestras entidades patológicas**, lo vemos ascender con majestuoso vuelo, a

las serenas regiones de la Filosofía; y en sintético lenguaje, con independencia de criterio que le honra y revela al hombre de ciencia, aborda los más abstrusos problemas filosóficos". Como Profesor de Bacteriología, Parasitología, Histología y Fisiología Experimental, cátedras que fundó y regentó con brillo hasta el día de su muerte, contribuyó a formar —según lo dijo el Ministro de Instrucción Pública el 19 de diciembre de 1915— "el núcleo de origen" de la nueva Escuela de Medicina de Caracas. Ya el 19 de setiembre de 1912, en memorial dirigido al Presidente de la República, le había sugerido Hernández la creación de un Instituto de Bacteriología y Parasitología "que abrirá una era de progreso en los estudios médicos entre nosotros; permitirá hacer el estudio completo de nuestras enfermedades tropicales y será de gran utilidad para el Saneamiento de la República".

1917. Hace viaje especial a los Estados Unidos y Europa para completar estudios de Embriología e Histología de que planeaba también textos de enseñanza; y lo poco que sobre el particular dejó escrito, justifica plenamente la opinión del doctor Carbonell, según la cual: "Hernández perteneció a la categoría de los verdaderos biólogos: hombres de sabiduría experimental que tienen una medida justa y prudente para apreciar el valor de los progresos científicos; que amando la ciencia no la exageran y perfeccionando la obra experimental, no la confunden; sino estudian la Biología en el propio "centro" de las ciencias biológicas; saben distinguir las células orgánicas; han contemplado en ellas las figuras carioquinéticas y sorprendido con una paciencia visual admirable los pseudópodos de una amiba o el cilindro eje de una célula cortical. A esa categoría de hombres selectos, perteneció José Gregorio Hernández". Desgraciadamente (informa su biógrafo), la guerra mundial le impidió pasar de Madrid —donde entró en personales relaciones amistosas con Ramón y Cajal— pues él pretendía llegar a París y Berlín, para efectuar ciertos experimentos en laboratorios que le eran conocidos. Por eso regresó a Norte América, ocupándose con energía en la Columbian University y otros institutos similares, con estudios teóricos y prácticos de asuntos que le interesaban especialmente: entre otros, el empleo de la Chaulmoogra como específico de la tuberculosis.

1918. Presenta a la Academia de Medicina su estudio sobre "Tratamiento de la Tuberculosis pulmonar por medio del aceite de chaulmoogra", selectísimo trabajo que el doctor L. Briceño Iragorry, considera "un modelo de investigación científica, pues además del mérito de corresponderle la primacía de la introducción en el mundo científico, de dicho agente terapéutico en el tratamiento de la peste blanca, revela hasta la saciedad su espíritu experimental: una vez concebida la idea por semejanza con lo que pasa en la Lepra, ensaya *in vitro* la acción del aceite de la Ginocardia sobre el bacilo; hace luego la comprobación en el animal de experiencia y termina con su aplicación en casos humanos". Entre los elogios que se le prodigaron en el seno de la docta Corporación, merecen citarse las frases del notable tisiólogo doctor Francisco A. Rísquez: "He oido con sumo interés el trabajo del doctor Hernández y lo felicito por haber emprendido una obra que puede lograr felices resultados, dada la base científica en que se apoya y las importantes conclusiones a que llega en su experimentación". Y el doctor Rafael González Rincones añadió este jugoso comentario: "Entre las conjeturas a que da lugar esa acción del aceite de la *ginocardia odorata* que nos señala el ilustre doctor Hernández, hay una que viene pronto a la imaginación. Tanto el cocotrix de Hansen como el esclerotix de Koch, tienen una cubierta de cera soluble en xilol en caliente que los hace invulnerables contra las defensas celulares y humorales del organismo. Disuelta esa cera en un medio aceitoso quizás los gérmenes sean más vulnerables. Y si hasta hoy la seroterapia ha sido impotente contra el bacilo encerrado en su cubierta, impermeable a los coloides humorales, quién sabe si podrán vencerlo al faltarle la coraza que lo defiende. Yo felicito sinceramente al autor de esta comunicación, pues el acopio de datos experimentales que nos presenta y las esperanzas que deja entrever la narración de sus casos clínicos, son más que suficientes para considerar este trabajo como muy importante".

Pocos meses antes de su trágica muerte, se destaca más si cabe, la ubicuidad y trascendencia de la acción científica, filantrópica y social, del doctor Hernández, con motivo de la terrible epidemia que azotó a Caracas en las postrimerías de este año.

Bajo su sombra —anota el varias veces citado profesor L. Briceño Iragorry— “se han hecho gran número de trabajos que han aclarado multitud de problemas de **Medicina Nacional**. Con la introducción de técnicas nuevas, de **nociónes fundamentales** en los conceptos etiopatogénicos, el aporte del microscopio y la ayuda de la Bacteriología, abrió nuevo campo a nuestras ciencias médicas. Hernández es el **Fundador** de nuestra Medicina contemporánea y logró cambios radicales y profundos en los métodos de investigar los procesos morbosos. Su obra científica fué **inmensa** y sus trabajos, **ejemplos del método experimental** aplicado a la investigación. Nuevo Teseo, rompió las cadenas que mantenían atadas nuestras ciencias médicas al **empirismo** y **oscurantismo** y supo llevar la bitácora que guiaba a las jóvenes generaciones. Marcó la **ruta-rumbo** y las marejadas extrañas, no pudieron influir en la orientación de su aguja”.

La Asamblea Nacional Constituyente, en sesión del 31 de mayo de 1947, dió el nombre de José Gregorio Hernández, al **Instituto de Medicina Experimental** de Caracas, como un homenaje de justicia histórica al sabio que fundó en Venezuela, esa importantísima rama de la Medicina científica moderna.

El erudito escritor científico, doctor V. M. Ovalles, de acuerdo con datos bibliográficos muy interesantes asienta, que el “**Fundador de la primera cátedra de Bacteriología en América**” fué José Gregorio Hernández, cuyo biógrafo a su turno escribe: “Por su carácter, por su saber, por sus ejemplos, por sus virtudes, por la índole de sus investigaciones, por su actuación entera en el proceso evolutivo de la Medicina Nacional, se le puede titular el **Pasteur de Venezuela**, que, con clarísima visión, y basado en los hechos, trajo, no paulatinamente, sino casi de súbito, el progreso científico, mediante el triple poder de un equilibrio mental observador, de un genio adivinante, de una mano activa y ejecutora”.

Además: el hecho de haber fundado Hernández la primera cátedra de Bacteriología en América y la **Medicina Experimental** en Venezuela; de haber expuesto en 1893, ante el Congreso Médico Panamericano de Washington sus ideas **originales** sobre la influencia del clima en el número de los glóbulos rojos, cuando “**las obras clásicas** de Fisiología no daban ningún dato acerca de la acción que ejerce la latitud en la composición de

la sangre humana"; por haber demostrado también que en "comparación con los datos venidos de Europa, el trópico disminuye la urea urinaria eliminada en las veinticuatro horas", y creado por lo tanto un sino de gran alcance para valorar la acción fisiológica del **hígado tropical**; por haber dedicado a la Facultad de Medicina de Madrid, el **primer** estudio anatomo-patológico de la sangre palúdica en Venezuela, y traído de Europa —en concepto de Dominici— "un tesoro de experiencia técnica y clínica **sólo comparable** con el que a principios del pasado siglo importó el eximio José María Vargas, e introducido al campo de nuestra Medicina un **radiante foco** que iluminó muchos ángulos sombríos de la práctica profesional". La circunstancia que lo destaca como **descubridor** de haber propuesto casi al mismo tiempo que Perijá Da Silva en el Brasil, el nombre de "**americanum** para el agente de nuestra **Bilharziosis**" y llamado la atención en contra del criterio reinante, acerca de la importancia de la enfermedad en nuestro medio. Sus estudios sobre la nefritis y la histología patológica de la **Fiebre Amarilla**, conforme a disciplinas rigurosamente científicas, y que son otro aporte de Hernández para desbrozar un sector tan enmarañado de la Patología tropical. Su trabajo sobre la aplicación del aceite de chaulmoogra en la tuberculosis humana, "modelo de investigación experimental y que le dió la **primacía** en el mundo científico, de la introducción de esa droga, en el tratamiento de la peste blanca": son **realizaciones históricas** que traspasaron los límites de la Nación y dan un relieve **continental** a la obra científica de José Gregorio Hernández, cuyo nombre —dice Núñez Ponte— "colocamos sin titubeo, entre los valores más puros de la raza".

No obstante sus indiscutibles méritos en otras ramas de la actividad científica, que iniciaron respectivamente por los años de 1861 y 1871, no tuvieron Adolfo Ernst ni Vicente Marcano resonancia preponderante en la evolución de nuestros estudios médicos, los cuales, según lo dijo el Gobierno ilustre del doctor Rojas Paúl en la histórica Resolución del 31 de julio de 1889, por la que envió a Europa a José Gregorio Hernández a cursar teórica y prácticamente las especialidades de **Microscopia, Bacteriología, Histología Normal y Patológica y Fisiología Experimental**; se encontraban —20 años después de la aparición en nuestros fastos, de los dos sabios antes nom-

brados— en estado de lamentable atraso y eran fundamentalmente teóricos.

En efecto: a la obra civilizadora y docente de Vicente Marcano, ingeniero especializado en química, se opusieron por desgracia las dolorosas circunstancias sociales y políticas de su época, pues aunque formó en 1871 un laboratorio destinado al análisis de química industrial, conforme lo afirma su hermano Gaspar, "no solamente acudió nadie al laboratorio, sino que los más lo acogieron con frialdad o desconfianza, y los diez discípulos que logró reunir para el 7 de agosto, día en que principiaron sus lecciones, se redujeron a tres antes de terminar el mes"; y aún la cátedra de Economía rural decretada por Andueza Palacio en noviembre de 1890, tampoco fué regentada por Marcano, quien el 25 del mismo mes escribe: "A esta fecha no he empezado mis lecciones, porque el Gobierno no ha podido hacer gastos de bancos y una mesa". Los meses de 1891, lo sorprendieron en la misma expectativa; y si al fin logró que el Gobierno decretara el 10 de diciembre de este año un Laboratorio Municipal, el doctor Laureano Villanueva le propuso que con el objeto de fundar una escuela de agricultura se fuese con él a Valencia, donde murió.

Adolfo Ernst, quien continuó los estudios de herborización de Vargas y además de ser etnólogo, botánico y zoólogo, organizó el Museo de Historia Natural y fundó la cátedra de Historia Natural en la Universidad de Caracas, dando a conocer entre nosotros las teorías de Darwin, tampoco fué médico, y su influencia en el progreso de la enseñanza de la Medicina vernácula resultó, como era de esperarse, bastante exigua. Y, por lo que respecta a Rafael Villavicencio, divulgador en Venezuela de la Filosofía positivista de Augusto Comte, me limitaré a copiar sus elocuentes frases consignadas en el **Primer Libro Venezolano de Literatura, Ciencias y Bellas Artes**: "Creemos oportuno dejar establecido, por otra parte, que los que aseguran que la doctrina evolucionista es contraria a los principios de la filosofía espiritualista, están en un error capital, nacido de la confusión que se hace entre la naturaleza de ambos problemas. Puede, en efecto, un individuo ser al mismo tiempo, y sin faltar a la lógica y a la unidad de sus creencias, partidario de la doctrina de la evolución y eminentemente espiritualista, ya que la naturaleza de ambos proble-

mas es distinta: el transformismo es una cuestión biológica; el materialismo y el espiritualismo son una cuestión filosófica. Tan acto de fe es creer que la materia es eterna como asegurar que ha sido creada de la nada, porque una y otra creencia son **indemostrables** y nos ponen en presencia de dificultades insolubles para nuestra inteligencia. No queremos dejar pasar la ocasión sin decir que, sea por la naturaleza de nuestro espíritu o por la forma de nuestra educación, o por ambas, **creemos** que el Universo es la manifestación de un **Poder Supremo** incomprendible; o sirviéndonos de la fórmula de Spencer, que el espíritu y la materia son dos aspectos bajo los cuales se nos ofrece la **realidad desconocida**. Diremos con William Hamilton que “una **revelación** maravillosa nos inspira la creencia en la existencia de algo incondicionado superior a la esfera de toda realidad comprensible”.

Esto indujo a José Gregorio Hernández, que era biólogo de “**sabiduría experimental**”, a observar: “Se mezclan a menudo dos problemas absolutamente distintos: el origen teórico de la vida, que es una cuestión abstracta, y el origen **histórico** de los seres vivos que sólo puede resolverse por el método analítico con el criterio testimonial. En la época de su aparición en el mundo no había testigos del fenómeno, luego es un problema históricamente insoluble, y en el estado actual de la cultura humana, científicamente insoluble. Pero si no es posible saber dicho origen de manera cierta, pueden idearse en cambio, algunas hipótesis que lo expliquen y que sean útiles para la ciencia. Si la teoría de la evolución universal, tomando en consideración los hechos observados hasta hoy, es **mucho más admisible** desde el punto de vista científico y **explica mejor** el encadenamiento de los seres vivos que pueblan el mundo, su desarrollo embriológico, la existencia en ellos de órganos rudimentarios, la unidad de estructura y la unidad funcional de los órganos homólogos, puede también armonizarse perfectamente con la **Revelación**”.

Por ello, cuando en su carácter de Ministro de Instrucción Pública, inauguró el 19 de diciembre de 1915, la nueva Escuela de Medicina, un ilustre discípulo de Hernández, el doctor Felipe Guevara Rojas, se expresó en los términos que siguen: “La enseñanza ha sido encomendada en ella al saber y patriotismo de hombres que lograron la enviable fortuna de aco-

piar abundante doctrina científica y profunda experiencia médica, y quienes más de una vez han refrendado, con servicios eminentes, los títulos que tienen adquiridos al respeto y a la gratitud de sus conciudadanos".

Entre esos hombres se destacaba por una envidiable actuación histórica, el profesor de Bacteriología, Parasitología, Histología y Fisiología Experimental; su maestro el doctor José Gregorio Hernández.



#### B I B L I O G R A F I A

Memorias de Instrucción Pública. Años de 1890, 1891 y 1892.

DOCTOR AMBROSIO PERERA. Discurso en el Paraninfo de la Universidad Central, año 1944 e *Historia de la Medicina en Venezuela*.

DOCTOR ELIAS TORO. Discurso en el Primer Congreso Venezolano de Medicina.

DOCTOR JESUS RAFAEL RISQUEZ. Discurso en el XXV aniversario de la muerte del Doctor José Gregorio Hernández y Lecciones inaugurales de los cursos de Bacteriología y Parasitología, Años 1919 y 1925.

DOCTOR SANTIAGO KEY-AYALA. Biografía de Adolfo Ernst. Ediciones de la Fundación Mendoza.

DOCTOR J. M. NUÑEZ PONTE. "Ensayo crítico-biográfico del Doctor José Gregorio Hernández. Tercera Edición.

LUIS RUIZ, "El Universal", 6 de marzo de 1959.

DOCTOR RAFAEL DOMINGUEZ, "José María Vargas", 1930.

DOCTOR P. D. RODRIGUEZ RIVERO, "Historia Médica".

"Primer Libro Venezolano de Literatura, Ciencias y Bellas Artes".

Documentos de la Memoria de Relaciones Exteriores. Tomo II. 1891.

DOCTOR AUGUSTO PI SUNER. Discurso inaugural del Instituto de Medicina Experimental, el 28 de Junio de 1940.

Informe del Doctor José Gregorio Hernández al Ministro de Instrucción Pública. París, 1890.

"Las Clases Médicas", N.<sup>o</sup> 48, Julio 1.<sup>o</sup> de 1908.

DOCTOR L. BRICENO IRAGORRY. Discurso en el Paraninfo de la Universidad Central 1945 y "Gaceta Médica de Caracas", Junio de 1954.

DOCTOR SANTOS A. DOMINICI. "Elegía al Doctor José Gregorio Hernández, Discurso en el Paraninfo de la Universidad Central en 1945 y Trabajo de Incorporación a la Academia Nacional de Medicina.

DOCTOR RAFAEL GONZALEZ RINCONES. "Algunas consideraciones sobre el curso de Microbiología Técnica del Instituto Pasteur de París. "Boletín de los Hospitales de Caracas", 1.<sup>o</sup> de Julio de 1909.

DOCTOR JOSE GREGORIO HERNANDEZ. "LA Bilharziosis en Caracas", 16 de Febrero de 1910.

- DOCTOR JOSE GREGORIO HERNANDEZ. "Tratamiento de la Tuberculosis Pulmonar por el aceite de Chaulmoogra". 13 de junio de 1918.
- DOCTOR JOSE GREGORIO HERNANDEZ y FELIPE GUEVARA ROJAS. "Estudio sobre Anatomía Patológica de la Fiebre Amarilla". 31 de Enero de 1912.
- DOCTOR JOSE GREGORIO HERNANDEZ. "Elementos de Filosofia". 1912.
- RAFAEL RANGEL. "Teorías del Sistema Nervioso". Anales de la Universidad Central, 1901.
- RAFAEL RANGEL. "El Carbunclo bacteriano en Venezuela". "Gaceta Médica". Septiembre de 1906.
- DOCTOR DIEGO CARBONELL. "Gaceta Universitaria de la Universidad de Los Andes". Números 61 y 62. Otros estudios.
- DOCTOR LUIS RAZETTI. "Gaceta Médica", 15 de octubre de 1893. Discurso en el Cementerio y artículo en el "Nuevo Tiempo de Bogotá", 1921.
- DOCTOR M. A. FONSECA. "Cultura Venezolana", N.<sup>o</sup> 8, Julio-Agosto de 1919.
- DOCTOR RICARDO ARCHILA. "Biografía de Luis Razetti".
- DOCTOR JOAQUIN MARMOL LUZARDO. "Memoria del Segundo Congreso de Cirugía". Maracaibo.
- DOCTOR ALFREDO BORJAS. "Discurso de Orden" en el cincuentenario de la Academia Nacional de Medicina.
- DOCTOR PASTOR OROPEZA. "Discurso de Orden" en el VI Congreso Venezolano de Ciencias Médicas.
- DOCTOR FRANCISCO A. RISQUEZ. **Cultura Venezolana**, N.<sup>o</sup> 8, Julio-Agosto 1919.
- DOCTOR DAVID LOBO. Discurso en el Paraninfo de la Universidad Central, 30 de Junio de 1919.
- DOCTOR JOSE MANUEL ESPINO. Discurso en el Senado de la República. Junio de 1948.
- DOCTOR VICENTE PEÑA. Diversos estudios.
- DOCTOR DIEGO GODOY TROCONIS. Discurso en el Cementerio como representante del Congreso Nacional, 1944.
- TEMISTOCLES CARVALLO. "José Gregorio Hernández". Su obra científica y social en Venezuela. Segunda Edición. 1953.
- TEMISTOCLES CARVALLO. "La obra científica revolucionaria de José Gregorio Hernández". 1957.
- La Civilta Cattolica.** 4 de Diciembre de 1948.
- PEDRO PABLO BARNOLA, S. J. "Ante-Prólogo a la Tercera Edición de "Elementos de Filosofia" del Doctor José Gregorio Hernández.
- AUGUSTO MIJARES. "El Nacional", 12 de Febrero de 1956.





PRENSA MEDICA VENEZOLANA - Teléfono 41.75.41